

EL Mundo DE MAÑANA

Mayo y junio del 2025
www.elmundodemanana.org

El significado de la vida

pág. 4

LA BESTIA DEL
Apocalipsis
Pág. 2

PENTECOSTÉS,
antiguo y nuevo
Pág. 8

LA ORACIÓN,
conexión con Dios
Pág. 11

RESEÑAS DE
Canadá
Pág. 12

CADA HERRAMIENTA
a su tiempo
Pág. 14

EL MANÁ
del Cielo
Pág. 16

TIEMPO DEL FIN
en profecía
Pág. 18

PREGUNTAS
y respuestas
Pág. 22

NUESTRA ANTIGUA
Tierra
Pág. 23



Mensaje personal del director general, Gerald E. Weston

EL MUNDO DE MAÑANA

Director general Gerald E. Weston
Director obra hispana Mario Hernández
Colaboradores Margarita Cárdenas
Carmen Enid Orrego
Cristian Orrego
John Robinson
George Schaubeck

Direcciones de El Mundo de Mañana

Argentina Tel: +57 301 770 7501	Estados Unidos Apartado 3810 Charlotte, NC 28227-8010 Tel. 1 (704) 844 1970
Bolivia Tel: +57 301 770 7501	
Chile Pasaje Osvaldo Muñoz Romero 0185 Villa Los Héroes Comuna de Maipú, Santiago de Chile Tel: +56 9 3905 4470	Guatemala Tel: +502 7775 4824
	México Tel: +55 7775 0358
Colombia Tel: +57 301 770 7501	Panamá Apartado 1320 838 Estafeta Los Pueblos, Panamá
Costa Rica Apartado 234-6151 Santa Ana Tel. +506 2100 7760	Puerto Rico Tel. +1 787 420 4543
España Apartado 14058 Málaga Tel. +34 660 55 36 62	Venezuela Tel: +58 426 654 9642

www.elmundodemanana.org Correo: elmundodemanana@lcg.org

¿Habrá una bestia en nuestro futuro?

Muchos hemos oído sobre la llamada *bestia del Apocalipsis*, pero la mayoría ignora que la clave para dilucidar esta figura del Nuevo Testamento se encuentra en el Antiguo.

Hay predicadores aficionados a la profecía que quieren interpretar lo que ven en el escenario mundial, y relacionarlo a la fuerza con la profecía bíblica. Algunos han afirmado que Irán es el “Rey del Sur”, mencionado en Daniel 11, pero, aunque ese país ha instigado mucha perturbación en el Oriente Medio, no cumple con los criterios bíblicos para ser ese personaje. En *El Mundo de Mañana* entendemos que Irán no está situado al sur de Jerusalén, punto desde el cual se determinan las direcciones y ubicaciones en la Biblia.

De igual manera, es fácil ver a China como una superpotencia en auge que reemplazaría a los Estados Unidos, pero la profecía bíblica advierte que hay un peligro mucho mayor para el pueblo estadounidense y los de origen británico. Los comentaristas de los medios de difusión, los investigadores geopolíticos y el hombre de la calle; solamente ven lo que está en las noticias de actualidad, pero la Biblia advierte que en Europa surgirá una fuerza mucho mayor; específicamente una confederación de naciones encabezada por Alemania.

Busquemos el origen

Todo comenzó con el antiguo rey Nabucodonosor, quien tuvo un sueño muy claro de la imagen gigante de un hombre; tenía la cabeza de oro fino, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de bronce; y destaca que los pies eran una mezcla de hierro y barro cocido. Esto lo interpretó Daniel y le dijo al Rey que representaba cuatro reinos que habían de surgir. El suyo, que era el caldeo o babilónico, era la cabeza de oro. Luego seguirían tres reinos, y el último, representado por los pies de hierro y barro cocido, finalmente sería reemplazado por el gobierno del Reino de Dios en la Tierra (Daniel 2:31-45).

Más adelante en Daniel 7, se refiere a los mismos cuatro reinos como cuatro bestias, e indica que el cuarto persistirá en una u otra forma hasta la intervención de Dios al final de los tiempos. Después del Imperio Caldeo de Nabucodonosor, vendrían los imperios Medopersa, Grecomacedonio y Romano Germánico. El último, como lo vemos en Daniel 2 y 7, prevalecería hasta el establecimiento del Reino de Dios. Sin embargo, se ha convenido en que la Roma Imperial comenzó en el año 27 a.C. y sucumbió en el año 476 d.C. ¿Falló acaso la profecía? ¡En absoluto!

La revista *El Mundo de Mañana* no tiene precio de suscripción. Se distribuye gratuitamente a quien la solicite gracias a los diezmos y ofrendas de los miembros de la Iglesia del Dios Viviente y otras personas que voluntariamente han decidido tomar parte en la proclamación del verdadero evangelio de Jesucristo a todas las naciones. Salvo indicación contraria, los pasajes bíblicos que se citan en esta publicación han sido tomados de la versión Reina Valera revisión de 1960.

Nuestra portada: Desde el momento de la concepción, el niño es un ser humano con el espíritu del hombre en él.

Cuando el apóstol Juan escribió por inspiración divina el libro del Apocalipsis en la última década del primer siglo d.C., los primeros tres reinos de los cuatro profetizados ya habían existido y desaparecido, y el único que quedaba era el Romano, representado en Apocalipsis 13:1-5 como una bestia de siete cabezas, compuesta por las cuatro bestias originales de Daniel 7. Leemos que la bestia compuesta tenía en una de sus cabezas una herida mortal que sanaría, y que la bestia alcanzaría a durar 42 meses.

Recordemos que las Escrituras suelen seguir el principio de *un día igual a un año* (Isaías 34:8; Ezequiel 4:6). Considerando un mes profético de 30 días, 42 meses nos llevaría a 1.260 días o años. La historia confirma que Justiniano restauró el Imperio Romano (sanando la herida mortal) en el año 554 d.C. y que, con el paso de los siglos, este revivió otras cuatro veces. La quinta restauración fue la de Napoleón, cuyo reinado terminó en 1814, exactamente 1.260 años después de la restauración de Justiniano en el 554 d.C. Así se cumplió la profecía de Apocalipsis 13:3-5.

Apocalipsis 17 vuelve al tema y entendemos que, después de la Roma Imperial, habría siete restauraciones. La primera, como hemos dicho, fue bajo Justiniano. Es importante señalar que las siete restauraciones se distinguirían claramente de la Roma Imperial en que llevarían montada encima (controlándolas) a una mujer inmoral: “Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciéndome: Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas... Y me llevó en el Espíritu al desierto; y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos” (Apocalipsis 17:1, 3).

En las Escrituras, una mujer suele simbolizar a una iglesia (2 Corintios 11:2; Efesios 5:31-33), pero esta persigue a los verdaderos discípulos de Jesucristo y da a luz iglesias hijas (Apocalipsis 17:4-6). ¿Cómo entendemos esto? ¿Y qué tiene que ver con nuestro mundo?

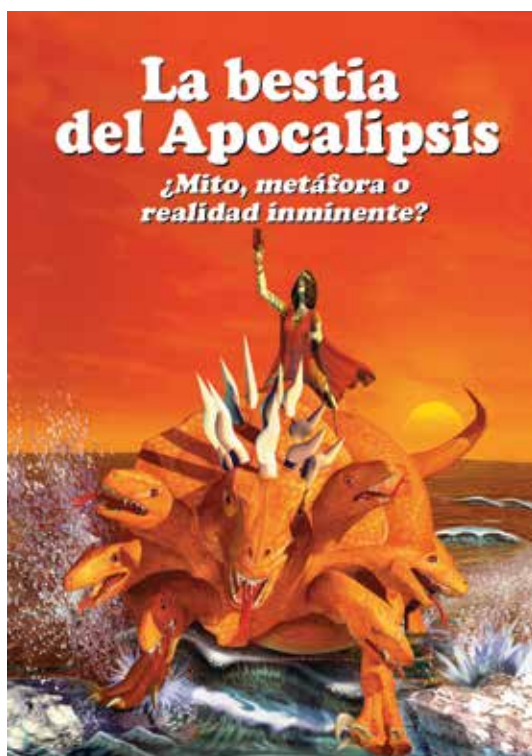
Felizmente, la Biblia nos da la respuesta, y esta tienen mucho que ver con sucesos geopolíticos del futuro cercano. “Esto, para la mente que tenga sabiduría: Las siete cabezas son siete montes [gobiernos o reinos], sobre los cuales se sienta la mujer [iglesia ramera], y son siete reyes. Cinco de ellos han caído; uno es, y el otro aún no ha venido; y cuando venga, es necesario que dure breve tiempo” (Apocalipsis 17:9-10). En un lapso de 1.260 años, la gran iglesia ramera ejercería su influencia sobre cinco restauraciones del Imperio Romano, que tomó el nombre de Romano Germánico a partir de la tercera restauración bajo Otón I el Grande en el año 962 d.C., dichas restauraciones fueron encabezadas por Justiniano, Carlomagno, Otón el Grande, Carlos V y Napoleón. Luego surgirían Mussolini y Hitler, seguidos de una séptima restauración, que aparecerá solo al final de esta era.

Mientras gran parte del mundo Occidental teme el auge de China, la última restauración de la bestia o potencia encabezada por Alemania, junto con la ramera que cabalga sobre la bestia, tomará al mundo por sorpresa. La profecía bíblica revela lo que no figura en las noticias, y Alemania no estará sola cuando asuma el papel indicado por las Escrituras: “Los diez cuernos que has visto, son diez reyes, que

aún no han recibido reino; pero por una hora recibirán autoridad como reyes juntamente con la bestia. Estos tienen un mismo propósito, y entregarán su poder y su autoridad a la bestia” (vs. 12-13).

Habrán dos hechos relacionados con la aparición del coloso económico militar. La cabeza de la confederación conocida como la bestia estará acompañada por una figura religiosa que la Biblia llama el “falso profeta”, y que a menudo se ve como el anticristo. La religión parece estar de capa caída en la mayor parte del mundo, pero eso cambiará rápidamente cuando aparezca este carismático embaucador, realizador de milagros.

Una fuerte potencia económico militar que unifica temporalmente a las naciones europeas, sumada a un dramático resurgimiento del fervor religioso, parece cosa imposible en el mundo actual... pero no lo es. Esta última restauración del Imperio Romano Germánico tendrá una gran acogida en el mundo. Muchos se sentirán cautivados por el fervor, y estarán engañados al punto de luchar contra el verdadero Jesucristo a su regreso, convencidos de que es el anticristo: “Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque Él es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con Él son llamados y elegidos y fieles” (Apocalipsis 17:14).



Solicite este folleto o estúdielo en nuestro sitio en la red:
www.elmundodemanana.org.

La Palabra de Dios tiene las respuestas

No nos engañemos: *ya estamos* en el tiempo del fin. Se están cumpliendo muchas profecías, pero únicamente los justos podrán comprenderlas. Cuando Daniel preguntó sobre las cosas que se le mandó a escribir, esta fue la respuesta: “Anda, Daniel, pues estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin. Muchos serán limpios, y emblanquecidos y purificados; los impíos procederán impiamente, y *ninguno de los impíos entenderá*, pero los entendidos comprenderán” (Daniel 12:9-10).

No tomemos pasajes bíblicos fuera de contexto para leer lo que creemos ver en el momento. Debemos ser fieles con la Palabra de Dios, confiando en que todo lo que Él dice *sí* ocurrirá. Como solemos decir: no nos crea a nosotros solamente porque lo decimos, sino compruébelo usted mismo en la Biblia. Y esperamos que valore los folletos que ofrecemos en *El Mundo de Mañana*, como una ayuda para comprender la Biblia más claramente.

Dos de esos folletos pueden ser especialmente útiles en esta época de tensiones mundiales. Para saber más sobre lo que se puede esperar en el Oriente Medio en los tiempos que se avecinan, puede pedir nuestra guía de estudio gratuita: *El Oriente Medio en profecía*, o leerla aquí mismo en nuestro sitio en la red: www.elmundodemanana.org. Y para más información sobre la bestia o potencia europea que está por surgir, y la mujer que cabalga sobre ella, le invitamos a pedir un ejemplar gratuito de nuestro folleto: *La bestia del Apocalipsis: ¿Mito, metáfora o realidad inminente?* O, si lo prefiere, puede leerlo en este sitio en la red.


 Gerald E. Weston



El significado de la vida

*Nuestra existencia obedece a un propósito superior al que habremos imaginado.
Así se revela en las páginas de la Biblia.*

Por: Gerald E. Weston

¿Cuál es la finalidad de nuestra vida? ¿Lo sabemos? ¿Realmente nos importa? Esta última pregunta: *¿Nos importa?*, debe parecer muy extraña. ¿Por qué *no* habría de importarle a alguien?

Nosotros llegamos a la vida sin saber

nada. Un día aparecimos involuntariamente y ahora nos hallamos en algún lugar, en alguna etapa y edad de la vida; siendo lo que somos. Pero en algún momento, tal vez en los años de adolescencia, o al acercarse el final de nuestra vida en la Tierra, nos preguntamos: ¿Qué sentido tiene todo esto? ¿Qué significado tiene nuestra existencia? ¡Gran enigma!

¿Nos habremos hecho alguna vez esta pregunta? Y si no, ¿por qué razón?

Lamentablemente, muchas personas parecen tener poco interés. A juzgar por las respuestas que recibimos a nuestras ofertas de publicaciones, son más las personas interesadas en el futuro del *mundo*, que en su propio futuro. Acaso, ¿puede haber preguntas más importantes que estas?: ¿Quién soy?

¿Por qué nací? ¿Cuál es el propósito de la vida? ¿Existe Dios? Y si existe, ¿qué plan tiene para mí?

Las respuestas a todas estas preguntas se encuentran en las páginas de la Biblia. Sin embargo, no son las que cree la mayoría de quienes se declaran cristianos. No, el objetivo final de la vida no es flotar en un retiro permanente en el Cielo. ¡Nuestro destino es infinitamente más grande que eso!

Desde hace miles de años, filósofos y teólogos han debatido sobre el significado de la vida; no obstante, la respuesta ha estado allí desde el principio. No tenemos que depender de nuestra limitada mente para salir con alguna idea novedosa, que se acomode a nuestra imaginación personal.

Los evolucionistas no tienen la respuesta

Quienes creen en el origen evolutivo de la vida, eliminando en su mente la necesidad de contar con Dios, no tienen la respuesta. ¿Qué gran propósito puede tener una vida limitada al aquí y el ahora? Aunque viviéramos mil años y encontráramos la cura para el cáncer, al final, ¿de qué nos va a servir? Cuando fallezcamos, si no hay un Dios, entonces todas las esperanzas, sueños, recuerdos y recompensas temporales; terminarán para siempre en insondable oscuridad.

El profesor Thaddeus Metz nos dice, resumiendo las teorías actuales de los filósofos sobre el propósito de la vida: “Últimamente ha aparecido una forma extrema de naturalismo, según el cual nuestra vida probablemente, si no inevitablemente, tendría menos sentido en un mundo con Dios o con alma que en uno sin ellos” (*The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, edición de otoño del 2023).

En otras palabras, para ellos, ¡la existencia de Dios le *restaría* sentido a la existencia nuestra! El profesor Metz explica varias teorías que se han propuesto sobre el origen de tan absurda conclusión. La primera postula que la existencia de Dios nos sitúa en una relación entre amo y siervo o padre e hijo, lo que “violaría nuestra independencia o dignidad como personas adultas”.

Dicho en otras palabras, dejaríamos de ser nuestro propio jefe. Tendríamos que responder a un Poder Superior, idea que irrita a los ateos. El profesor Metz señala otro razonamiento así: *Dios, no me digas qué hacer*. “Otro argumento para decir que un Dios restaría sentido a la vida, invoca el valor de la vida privada: La omnisciencia

de Dios [que todo lo sabe], nos haría imposible controlar nuestros más íntimos detalles, lo que equivale, para algunos, a una vida con menos sentido que aquella en la cual sí ejerceríamos ese control”.

Luego están los que se pronuncian en contra del valor de la vida eterna. El profesor lo explica: “En primer lugar y ante todo, se ha propuesto el argumento de que la vida inmortal necesariamente se tornaría en sí aburrida, por lo cual la vida quedaría sin sentido según muchas teorías subjetivas y objetivas”. Las cavilaciones de los filósofos son amplias, a veces técnicas; y, por supuesto, ¡sin sentido! Si dejamos por fuera a Dios y su revelación, no puede tener ningún objeto ir más allá de nuestra demasiado breve existencia temporal.

Para algunos, es sorprendente saber que en tiempos de Jesucristo, había una importante secta judía que no creía en la existencia de un futuro después de la muerte. Hemos leído que durante los tres años y medio del ministerio de Jesús en la Tierra, llegó un día en que “vinieron a Él los saduceos, que dicen que no hay resurrección” (Mateo 22:23). Llevado Pablo ante los principales jefes religiosos de su época, estuvo a punto de producir un motín entre los fariseos y los saduceos por este tema. “Pablo, notando que una parte era de saduceos y otra de fariseos, alzó la voz en el concilio: Varones hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseo; acerca de la esperanza y de la resurrección de los muertos se me juzga. Cuando dijo esto, se produjo disensión entre los fariseos y los saduceos, y la asamblea se dividió. Porque los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu; pero los fariseos afirman estas cosas” (Hechos 23:6-8).

En Corinto, algunos discípulos cayeron bajo el influjo de esta idea errónea. La primera carta de Pablo a estos hermanos trata de la resurrección, y razona con toda lógica sobre la inutilidad de la vida si es únicamente para el aquí y el ahora: “Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron. Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres” (1 Corintios 15:16-19).

En cuanto a la futilidad de una vida de abnegación en un mundo sin Dios, el apóstol Pablo llevó la idea a su conclusión final: “Si como hombre batallé en Éfeso contra fieras, ¿qué me aprovecha? Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, porque

mañana moriremos” (1 Corintios 15:32).

Antes de dedicarnos a comer, beber y morir para siempre; hagámonos la pregunta central que Pablo trata aquí: ¿Hay una resurrección de la muerte? O la hay, o no la hay. Si no hay vida después de la muerte, nos quedamos sin un propósito perdurable, sin una esperanza más allá del aquí y el ahora. El doctor Roderick C. Meredith preguntó:

“¿Hay alguna razón trascendental por la cual usted existe? ¿Cabe la posibilidad de que el destino que le espera sea algo increíblemente interesante y satisfactorio, sea cual fuere su situación actual? ¿Puede usted tener absoluta certeza de que el futuro le tiene reservadas felicidad, alegría y paz duradera? O, ¿es su vida en esta Tierra una existencia efímera y llena de decepciones, un ir y venir sin un propósito trascendental, como la vida de las aves, de las abejas, o para ser más gráficos, de los gusanos que se arrastran sobre el suelo?” (*El misterio del destino humano*, pág. 3).

Estas son preguntas para personas que piensen seriamente: ¿Nos va a satisfacer pasar la vida sin saber *para qué*? ¿Alguien no quisiera saber el propósito de su existencia? Hay respuestas, y se revelan en las páginas de la Biblia. Y lo que la Biblia realmente dice, no lo que la gente *cre*e que dice, es a la vez impresionante y emocionante.

Un rey le buscó sentido a la vida

El antiguo rey Salomón buscó el sentido a la vida en el vino, las mujeres, la música y otros intereses materiales; y su conclusión fue que nada de eso trae felicidad duradera. El Rey explicó:

“Dije yo en mi corazón: Como sucederá al necio, me sucederá también a mí. ¿Para qué, pues, he trabajado hasta ahora por hacerme más sabio? Y dije en mi corazón, que también esto era vanidad. Porque ni del sabio ni del necio habrá memoria para siempre; pues en los días venideros ya todo será olvidado, y también morirá el sabio como el necio. Aborrecí, por tanto, la vida, porque la obra que se hace debajo del Sol me era fastidiosa; por cuanto todo es vanidad y aflicción de espíritu” (Eclesiastés 2:15-17).

Ninguno de nosotros podría competir con Salomón en cuanto a deleites materiales, ni en cuanto a fama o riquezas. Quienes lo intentan terminan, en su mayoría, por

comprender que esto no les hace realmente felices. Pensemos en la vida de tantas celebridades que aparentemente lo han tenido todo. Unas se envician con las drogas, otras pasan de un fracaso matrimonial a otro. Una y otra vez, las personas dotadas de hermosura, fama y fortuna; y casi todo lo que para

mentira? Los apóstoles de Jesús sabían que la resurrección era verdad. La historia nos dice que de los doce, incluido Matías, quien reemplazó a Judas, solamente Juan se salvó del martirio.

Con todo, persiste la pregunta: ¿Si Dios existe y si hay vida después de la muer-

humanos, no parecidos a un animal, sino semejantes a Él. Somos diferentes porque fuimos creados a imagen y semejanza de *Dios*. Repasémoslo en la Biblia, y consideremos lo que significa.

Dios nos creó para que fuéramos como Él, con una capacidad impresionante de pensar, de razonar y de hacer multitud de cosas. Entonces, ¿por qué no nos comportamos como Dios? Las Escrituras revelan el elemento que falta: que los hombres fuimos hechos con libre albedrío, es decir, con libertad para tomar decisiones buenas o malas.

“El Eterno Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de la ciencia del bien y del mal” (Génesis 2:9). Luego leemos que “mandó el Eterno Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (vs. 16-17).

La humanidad fue dotada con capacidad para elegir entre lo correcto y lo incorrecto, entre el bien y el mal. Como le dijo en otra ocasión a la nación de Israel: “A los Cielos y a la Tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia; amando al Eterno tu Dios, atendiendo a su voz, y siguiéndole a Él; porque Él es vida para ti, y prolongación de tus días; a fin de que habites sobre la tierra que juró el Eterno a tus padres, Abraham, Isaac y Jacob, que les había de dar” (Deuteronomio 30:19-20).

Han pasado más de 55 años desde que enviamos hombres a la Luna y los trajimos de vuelta ilesos, y todavía no hemos podido llevarnos en paz unos con otros. Hay demasiados matrimonios fracasados; muchísimos asesinatos, violaciones y agresiones; muchas guerras que siegan las esperanzas y los sueños de tantas personas.

¿A qué se debe tanto sufrimiento? Muchas personas se preguntan por qué Dios, con todo su poder, no pone fin a las atrocidades que ocurren aquí en la Tierra. Pero de esas personas, ¿cuántas están dispuestas a someterse a la voluntad divina en todo? Dios nos dio libre albedrío por *alguna razón*.

El propósito de Dios

La idea de que Dios creó al ser huma-

¿Nos habremos preguntado alguna vez por qué los seres humanos tenemos una capacidad mental inmensamente superior a la de los animales?

los demás mortales signifique un sueño, encuentran que nada de eso les brinda la felicidad deseada. No se trata de decir que toda persona rica fracase en el matrimonio, ni que todas las celebridades vivan descontentas; sino que la felicidad no proviene de los placeres temporales y que, sin un Dios que prometa la resurrección de los muertos, todo lo que hagamos en esta vida será pasajero.

¿Cómo podemos saber que viviremos de nuevo? Aunque hay casos de resucitación o reanimación, y si bien algunos aseguran que han tenido “experiencias extracorpóreas”. Uno solo ha sido resucitado después de tres días y tres noches en el sepulcro, y eso fue hace casi 2.000 años. Pero, ¿cómo podemos saber que un hombre llamado Jesús realmente se levantó de la muerte?

El apóstol Pablo responde a esa pregunta en el mismo capítulo sobre la resurrección que antes citamos, dando los nombres de personas que vieron a Jesús después de su crucifixión, y dijo enseguida: “Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y otros ya duermen” (1 Corintios 15:6). Lo anterior se escribió menos de 25 años después de la crucifixión, cuando la mayor parte de esas 500 personas aún vivían. ¿Qué credibilidad tendrían Pablo o su carta si lo que afirmó no fuera verdad?

Los estudiosos reconocen otras pruebas. Según Juan 7:5, ni siquiera los medio hermanos de Jesús creyeron en Él antes de la crucifixión, pero después se hicieron discípulos. Santiago se convirtió en cabeza de la congregación de Jerusalén, y escribió la carta que bajo su nombre encontramos en la Biblia. Otro medio hermano, Judas, también se hizo creyente y escribió la carta que lleva su nombre.

Muchos murieron como mártires por una causa en la que creyeron. Pero, ¿cuántos morirían por una causa sabiendo que era

te, qué *significa*? ¿Cuál es el propósito de Dios para cada uno de nosotros?

¿Seremos simples animales?

¿Nos habremos preguntado alguna vez por qué los seres humanos tenemos una capacidad mental inmensamente superior a la de los animales? Algunos animales tienen el cerebro más grande, pero ninguno se acerca a la capacidad humana para razonar, pensar e innovar. Ninguno puede ir a la Luna y regresar. Ninguno tiene la capacidad para armar un telescopio, un televisor o una computadora. Muchos creemos que nuestro perro es inteligente, pero no deja de haber una diferencia fundamental entre ellos y nosotros.

¿A qué se debe esa diferencia? ¿Cómo es que los seres humanos podemos hacer máquinas que viajan más alto, más rápido y más lejos que cualquier animal? ¿Y por qué, con una inteligencia inmensamente superior, no logramos convivir en paz? ¿Por qué hay divorcios? ¿Por qué hay guerras entre las naciones? ¿Por qué nos estafamos, nos robamos y nos agredimos unos a otros?

Para hallar el significado de la vida, empecemos por buscar en el primer capítulo de la Biblia. Aquí encontramos que Dios hizo a los seres humanos muy diferentes de las demás criaturas:

“Dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la Tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la Tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” (Génesis 1:26-27).

¿Cuántas veces habremos leído este pasaje sin detenernos a pensar lo que significa? En lenguaje claro, Dios hizo a los seres

no a su propia imagen es algo muy profundo; y es un tema que aparece reiteradamente en las Escrituras. David levantó los ojos al Cielo nocturno y se preguntó qué interés puede tener Dios en la humanidad: “¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?” (Salmos 8:4). El libro de los Hebreos retoma la pregunta y explica:

“Todo lo sujetaste bajo sus pies [de la humanidad]. Porque en cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no sea sujeto a él; pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas. Pero vemos a Aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos. Porque convenía a Aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de *llevar muchos hijos a la gloria*, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos” (Hebreos 2:8-10).

La Biblia revela un plan y un propósito que se están haciendo realidad, y que son mucho más excelsos que retirarse al Cielo a contemplar el rostro de Dios por toda la eternidad. ¿Por qué no acepta la gente lo que Dios dice? El apóstol Pablo habla de nuestro futuro en los términos más claros. Explica que seremos hijos de Dios y coherederos con Jesucristo. “Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción [filiación], por el cual clamamos: ¡Abba, Pa-

dre!” (Romanos 8:14-15). Ahora tomemos nota de lo que dice enseguida y reflexionemos. Dice que el Espíritu de Dios “da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (v. 16).

¿Lo entendimos claramente? Estamos destinados a ser hijos de Dios. Como se ve en Génesis 1, la humanidad fue creada a imagen y semejanza, no de algún animal, ¡sino del mismo Dios! ¿Creemos realmente lo que la Biblia dice? El apóstol Pablo continuó: “Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con Él, para que juntamente con Él seamos glorificados” (Romanos 8:17). “Y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso” (2 Corintios 6:18).

¿Cómo es posible que vamos a ser “herederos de Dios y coherederos con Cristo”? Recordemos que Romanos 8:16 menciona *dos* espíritus: El de Dios y “nuestro espíritu”. Aquí se halla la diferencia entre la forma de pensar de Dios y la nuestra. Humanamente hablando, nosotros no pensamos como piensa Dios: “Como son más altos los Cielos que la Tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isaías 55:9).

Sin el Espíritu de Dios morando en nosotros, los seres humanos con todo y nuestra inteligencia en asuntos materiales, carecemos del amor verdadero y del dominio propio. Sin su Espíritu, manifestamos todos los rasgos de la naturaleza carnal: “Manifestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias,

homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas” (Gálatas 5:19-21).

Pero, ¿significa todo lo anterior que *jamás* llegaremos a pensar como Dios?: “Como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios” (1 Corintios 2:9-10). Enseguida, el apóstol explica la diferencia entre el cerebro animal y la mente humana: “¿Quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido” (vs. 11-12).

El espíritu en el hombre faculta al cerebro humano mucho más allá del cerebro de un animal, pero sin el Espíritu de Dios en nosotros, somos incapaces de entender las cosas de Dios, como lo es mi perro para entender de matemáticas. Para que tomemos plenamente la imagen y semejanza de Dios, es necesario que estos dos espíritus se unan: “Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios... El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con Él, para que juntamente con Él seamos glorificados” (Romanos 8:14, 16-17).

Impresionante: Nosotros “somos hijos de Dios... herederos de Dios y coherederos con Cristo”. Con un destino así, ¡la vida *si* que vale la pena vivirla! 

¿Para qué vinimos a este mundo? ¿Por qué permite Dios que sus escogidos pasen por años y aun decenios de pruebas y persecuciones?

¿Por qué es tan importante “vencer”?

¿Hay un propósito grandioso y portentoso por el cual estamos en este planeta!

Estudie con mente abierta nuestro esclarecedor folleto:

El misterio del destino humano

Puede descargarlo desde nuestro sitio en la red: www.elmundodemanana.org



Pentecostés

en el antiguo y el nuevo pacto

Por: Wallace G. Smith

Pentecostés es uno de los siete días santos que Dios instituyó por una buena razón, ya que cada día santo encierra una riqueza y profundidad que exige y merece meditación de nuestra parte. Pentecostés representa el día cuando Dios envió el Espíritu Santo a su Iglesia, dotando a su pueblo de un poder divino y milagroso. Nosotros necesitamos el Espíritu y los milagros que Dios hace posibles por su intervención, como dijo el doctor Roderick C. Meredith en la revista *Living Church News* en su edición de enero y febrero del 2010:

“Es muy grande nuestra necesidad de estos dones a fin de producir un verdadero impacto en nuestros hermanos, y especialmente en el mundo, que nos permita concluir la obra de Dios. Por eso les ruego que se unan a mí en el esfuerzo de entregarnos por completo a Dios, y entregarle nuestra vida entera en celosa obediencia y servicio, y clamar por los dones del Espíritu Santo de Dios para su obra, su ministerio y todo su pueblo”.

La meditación correcta sobre el significado de Pentecostés nos ayuda a clamarle a Dios de esa manera. La Biblia nos relata varios ejemplos de observación de Pentecostés. Comparemos dos de ellos para ver lo que podemos aprender. Sus semejanzas y diferencias encierran principios importantes que debemos tener presentes.

El Pentecostés del Éxodo

Hace unos 3.500 años, estando en el monte Sinaí, Dios escribió los diez mandamientos con su propio dedo. Dada la cronología de los hechos que rodearon la entrega de los mandamientos, la Iglesia siempre ha creído que el suceso tuvo lugar en el día de Pentecostés. De otra manera, tendríamos que pensar que Pentecostés fue, digamos, el día antes o el día después. Si hay alguien que siempre está a tiempo, y siempre está consciente del plan general, ese alguien es Dios. Las fechas de la Pascua y de Panes Sin Levadura están ligadas a hechos de profundo significado, y hay motivos para pensar que Dios tampoco erró en la fecha de Pentecostés.

La Biblia indica muy claramente que ese día de Pentecostés, Dios quiso causar un impacto, no por impresionar, sino para cumplir un propósito.

Por ejemplo, en Éxodo 19:3-8, vemos cómo Dios mantuvo a Moisés con sus instrucciones yendo y viniendo entre Él y el pueblo. ¿Por qué razón? ¿Acaso Dios no oía lo que decía el pueblo?

Una parte de la lección que Dios quería impartir era su modo de

actuar. El pasaje nos da información importante no solo en el *contenido* que comunica, sino en la forma *cómo* lo comunica. Dios aquí estaba sirviéndose de Moisés: “El Eterno dijo a Moisés: He aquí, yo vengo a ti en una nube espesa, para que el pueblo oiga mientras yo hablo contigo, y también para que te crean para siempre” (v. 9). Dios quiso dejar una gran impresión, para que el pueblo comprendiera que estaba valiéndose de Moisés. Dios escoge a quien desea escoger, y había escogido a Moisés. Para Dios era importante que la gente entendiera y lo tomara muy en serio. Entonces el Eterno dijo a Moisés:

“Ve al pueblo, y santificalos hoy y mañana; y laven sus vestidos, y estén preparados para el día tercero, porque al tercer día el Eterno descenderá a ojos de todo el pueblo sobre el monte de Sinaí. Y señalarás término al pueblo en derredor, diciendo: Guardaos, no subáis al monte, ni toquéis sus límites; cualquiera que tocare el monte, de seguro morirá. No lo tocará mano, porque será apedreado o aseteado; sea animal o sea hombre, no vivirá. Cuando suene largamente la bocina, subirán al monte” (Éxodo 19:10-13).

El Verbo de Dios, por medio de quien todo fue creado, se proponía bajar personalmente a ese monte. Dios vendría y el pueblo tenía la obligación de prepararse. ¿Cómo serían estos tres días para ellos? ¿Podemos imaginarnos la expectación que se iría acumulando?

Finalmente: “Al tercer día, cuando vino la mañana, vinieron truenos y relámpagos, y espesa nube sobre el monte, y sonido de bocina muy fuerte; y se estremeció todo el pueblo que estaba en el campamento” (v. 16). He buscado paisajes de montañas que me ayuden a visualizar cómo habría sido, y lo más aproximado que encuentro son las erupciones volcánicas fantásticas que lanzan humo y ceniza al cielo, atravesando con relámpagos a causa de la descarga eléctrica. Todo eso puede ocurrir como un fenómeno natural, pero lo que no es un fenómeno natural es el sonido de una trompeta que sale de una nube en la montaña; sonido tan fuerte y penetrante que millones de personas lo oyeron. Eso no es normal, y obviamente quedaron aterrados.

“Moisés sacó del campamento al pueblo para recibir a Dios; y se detuvieron al pie del monte. Todo el monte Sinaí humeaba, porque el Eterno [el Dios de Israel que más tarde se convertiría en Jesucristo] había descendido sobre él en fuego; y el humo subía como el humo de un horno, y todo el monte se estremecía en gran manera” (vs. 17-18). Este monte, que normalmente sería un dechado de estabilidad y solidez, también temblaba, sacudiéndose de un lado a otro con el poder y la fuerza de Aquel que descendía sobre él, un Ser cuyo poder trascendía al de cualquier montaña.

Un acontecimiento con propósito

El versículo 19 dice: “El sonido de la bocina iba aumentando en extremo; Moisés hablaba, y Dios le respondía con voz tronante”. Para comenzar, era un sonido que hizo temblar de miedo a la multitud. A medida que el Eterno iba bajando y acercándose al monte.

Imaginemos: La Biblia no dice específicamente qué se dijo, pero vale la pena tratar de visualizar lo que este intercambio pudo ser para los israelitas allí reunidos: Oír a su líder humano dirigiéndose al Dios majestuoso oculto detrás del humo y fuego en el monte que se estremecía entre estallidos del *shofar*, y luego oír al mismo Dios responder con su propia voz tronante. Hablara lo que se hablara entre Dios y Moisés, lo cierto es que Dios quiso dejar una impresión: *El Eterno, tu Creador, está presente*. Tuvo que ser un Pentecostés inolvidable.

“Descendió el Eterno sobre el monte Sinaí, sobre la cumbre del monte; y llamó el Eterno a Moisés a la cumbre del monte, y Moisés subió” (Éxodo 19:20). ¡Moisés mostró su valentía! ¿Podemos imaginarnos la impresión que debió dejar en el pueblo cuando, tras recibir instrucciones de no subir y observando todo lo que ocurría, vio que Moisés se atrevió a subir en medio de aquel estruendo en el monte? “El Eterno dijo a Moisés: Desciende, ordena al pueblo que no traspase los límites para ver al Eterno, porque caerá multitud de ellos. Y también que se santifiquen los sacerdotes que se acercan al Eterno, para que el Eterno no haga en ellos estrago. Moisés dijo al Eterno: El pueblo no podrá subir al monte Sinaí, porque tú nos has mandado diciendo: Señala límites al monte, y santificalo” (vs. 21-23). Dios estaba dejando algo muy en claro: Aunque quisieran subir, no pueden acercarse más. No son dignos.

Dios se valió de este escenario y de este ambiente en el día de Pentecostés para dar los diez mandamientos, y Pentecostés viene a ser una excelente temporada para leerlos en Éxodo 20:1-17. Les invito a hacerlo y a imaginar la voz tronante de Dios, pronunciando cada mandamiento desde la cumbre. Imaginemos también lo que debieron sentir y pensar quienes, estremecidos, observaban desde abajo.

El pasaje nos deja una idea de la impresión que todo esto debió causar: “Todo el pueblo observaba el estruendo y los relámpagos, y el sonido de la bocina, y el monte que humeaba; y viéndolo el pueblo, temblaron, y se pusieron de lejos. Y dijeron a Moisés: Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos” (Éxodo 20:18-19). Fue algo aterrador para ellos, y por eso acudieron a Moisés; lo que era parte del propósito de Dios, que escucharan a su siervo escogido y que le creyeran “para siempre” (Éxodo 19:9).

En Éxodo 20:20 leemos: “No temáis; porque para probaros vino Dios, y para que su temor esté delante de vosotros, para que no pequéis”. Dios quería hacerles comprender que el decálogo no era algo como el simple código de Hammurabi, ni como cualquier colección de reglas que tuvieran bajo el Faraón cuando vivían en Egipto. Nada menos fue el Creador del Universo quien daba estos mandamientos. Podría haberlo hecho de otra manera, pero Dios dispuso así estos momentos con una intención y un propósito: Es el gran Diseñador y nadie sabe impresionar como *El que siempre vive*.

Todo lo que Dios hace tiene un motivo y un plan, y fue así con las acciones que tomó ese día de Pentecostés hace unos 3.500 años.

El Pentecostés de los Hechos

Saltemos ahora varios siglos hasta el Pentecostés del año 31 d.C. Tengamos presente que la Persona de quien vamos a leer es el mismo Ser que habló a Moisés, y que bajó sobre el monte Sinaí rodeado de llamas, humo, truenos y relámpagos; y. “Estando juntos [Jesús], les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua,

mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días” (Hechos 1:4-5).

Dios quería que esperaran por el Espíritu Santo hasta el día de Pentecostés, porque sabe lo que hace y su cronología es perfecta. Imaginemos cómo debieron ser esos días. Imaginemos que el Mesías, a quien habían visto resucitado, les va a dar poder... pero tenían que esperar en Jerusalén. ¿Cómo habría sido aquella espera día tras día, sabiendo que estaba por cumplirse la promesa del Poder divino?

Creyeron en su promesa, se prepararon y esforzaron aun antes de que viniera el Espíritu Santo. Sustituyeron a Judas y volvieron a quedar completos los doce. Hicieron lo posible, según su entender, por tener a la Iglesia tan lista como les fuera posible. Finalmente: “Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados” (Hechos 2:1-2).

Aunque quizá nos parezca que los miembros de la Iglesia primitiva eran muy diferentes de nosotros, lo cierto es que eran personas reales. Tenían marido o mujer, tenían hijos igual que nosotros, tenían sus ocupaciones diarias. Tenían una vida real y reaccionarían más o menos como reaccionaríamos nosotros, si de la nada empezáramos a oír el sonido estremecedor de una fuertísima ráfaga de viento, llenando la habitación y resonando en nuestros oídos. Comprenderíamos, como comprendieron ellos, que algo milagroso estaba ocurriendo.

“Se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos” (Hechos 2:3). Imaginemos lo estremecedor que sería ver lenguas de fuego descender por el aire, y asentarse sobre la cabeza de nuestros familiares o amigos; y también darnos cuenta de que una de ellas descendía sobre nosotros. “Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen” (v. 4).

Los apóstoles pasaron en un instante a hablar en lenguas que nunca en la vida habían aprendido. Es inspirador saber que los dones que Dios concede a la Iglesia suelen venir con la finalidad de dar a conocer la verdad. El primer don que se le dio a la Iglesia fue el poder de llevar el evangelio al mundo entero.

La multitud que había en los alrededores comenzó a acercarse. ¿Cómo sería oír un ciclón que viene desde el interior de una construcción? “Estaban atónitos y maravillados, diciendo: Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido?... Mas otros, burlándose, decían: Están llenos de mosto” (Hechos 2:7-8, 13). Dos mil años más tarde, las burlas persisten... pero esto no altera la verdad de lo que Dios está haciendo. Pedro procedió a dar un mensaje de vital importancia, cuando dijo en conclusión:

“Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo. Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (vs. 36-38).

Ese día, Dios añadió como tres mil personas a su familia engendrada, iniciando así la primera era de la Iglesia del Nuevo Pacto.

Paralelismo importante

Estos dos sucesos en día de Pentecostés tuvieron en común varias cosas importantes.

En ambos Dios llamó a un grupo de personas a reunirse en cierto lugar, en ambos Dios fundó una nación. ¿Qué había dicho antes de pronunciar el decálogo? “Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis

mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la Tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa” (Éxodo 19:5-6). ¿Y qué dijo Pedro respecto a la Iglesia de Dios? Casi las mismas palabras: “Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa” (1 Pedro 2:9).

En el día de Pentecostés, Dios estableció primero a la nación de Israel física, luego a la nación de Israel espiritual, la Israel de Dios (Gálatas 6:16), compuesta de hermanos y hermanas que conforman el Cuerpo de Jesucristo, y que constituirán el Reino de Dios. Nada une a dos personas como hermanos y hermanas; como lo hace el Espíritu de Dios. Cuando oímos noticias sobre miembros de la Iglesia al otro lado del mundo, debemos reconocer que son nuestros hermanos y hermanas; de manera más profunda que nuestra familia biológica, porque el Espíritu de Dios es el que realmente nos une como familia. No olvidemos el paralelismo entre lo que Dios hizo en esos dos días de Pentecostés.

Y hay otras semejanzas. La Israel física tuvo que esperar tres días para que Dios bajara al monte Sinaí, y los líderes de la Israel espiritual tuvieron que esperar hasta el día de Pentecostés para que llegara el Espíritu Santo. La Israel física oyó un gran estruendo en la montaña que anunciaba la llegada de la presencia de Dios, la Israel espiritual oyó el sonido de un viento poderoso. La Israel física vio descender del Cielo fuego y humo, la Israel espiritual vio descender lenguas de fuego. Y Dios demostró explícita y milagrosamente, tanto a la Israel física como a la Israel espiritual, la persona por medio de quién actuaba de un modo especial: Moisés y luego los apóstoles de Jesucristo.

Las Escrituras indican claramente que las señales milagrosas tienen una finalidad: Validar el mensaje de los mensajeros de Dios de forma realmente incomparable. Esta es una de las razones por las que el doctor Meredith solía exhortarnos a que pidiéramos esas señales. Elemento vital en el mensaje de Pentecostés en ambas ocasiones es el reto: ¿A quién escuchas? ¿A quién ha elegido Dios para llevar su mensaje?

Diferencias instructivas

Siendo muy instructivas las semejanzas entre los dos sucesos, las diferencias entre los dos días de Pentecostés resultan quizá más instructivas.

El primero demostró que, si bien Dios ansía morar entre la humanidad, por ahora hay un abismo de injusticia que le hace mantener una separación con los seres humanos. Cuando el Eterno bajó al monte Sinaí hace 3.500 años, nadie fuera de Moisés podía acercarse porque la presencia de Dios era sagrada. Pero en el Pentecostés del año 31 d.C., el fuego que bajó del cielo no llegó a la cima de una montaña distante, sino que llegó hasta cada discípulo de forma individual.

A la venida de la presencia divina, los antiguos israelitas temblaron de miedo, pero el apóstol Pablo nos dice: “Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:12-13). El hecho de que delante de Dios debemos sentir un justo temor no ha cambiado. La diferencia es que el Poder que se manifestó en la cumbre del monte, ahora ya no es el Poder a distancia en una montaña.

En el día de Pentecostés, debemos recordar esto: El Poder que seguramente movió a los israelitas a preguntarse si el monte se rompería en dos, es el mismo Poder que se ha colocado dentro de nosotros, dentro de todos los hijos de Dios bautizados en todo el mundo. Cuando asimilamos esta realidad, no resulta difícil comprender que puede haber milagros poderosos en la Iglesia de Dios, como curaciones milagrosas, hablar en idiomas extranjeros que desconocemos, incluso levantar a los muertos. Estas cosas son posibles porque en el día de Pentecostés del año 31 d.C. la luz no estaba en la lejanía, el fuego no estaba en una cumbre, sino que el fuego estaba sobre las personas, y el Espíritu estaba

en las personas.

Otra diferencia importante entre esos dos momentos tiene que ver con la ley de Dios, que era de importancia primordial en ambos casos. Originalmente, Dios escribió los diez mandamientos con su propio dedo en tablas de piedra, y los entregó a Moisés para que los llevara al pueblo; pero sabía que esto no bastaba. El libro del Deuteronomio trae algunos detalles que no figuran en el Éxodo, y uno de ellos es la respuesta de Dios cuando el pueblo aseguró que le obedecerían siempre: “He oído la voz de las palabras de este pueblo, que ellos te han hablado; bien está todo lo que han dicho. *¡Quién diera que tuviesen tal corazón*, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!” (Deuteronomio 5:28-29).

Pese a sus proclamaciones de temor y obediencia ante la aterradora muestra del poder divino, el corazón de los israelitas no cambió en aquel Pentecostés. Dios se refirió a esto en el Pentecostés del año 31 d.C. al iniciar el nuevo pacto. En Hebreos 8:7-10 el apóstol Pablo escribió que los defectos en el corazón de las personas hacían inevitable el fracaso del primer pacto, lo que hacía necesario establecer un segundo pacto, respecto del cual dijo Dios: “Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré” (v. 10).

Los dos días de Pentecostés se parecen en que Dios comenzó el proceso de escribir sus leyes con su propio dedo, pero la diferencia es que para Israel escribió en tablas de piedra, pero en el año 31 d.C. comenzó el proceso de escribir esas leyes personalmente en nuestra mente y en nuestro corazón. Esta asombrosa verdad llega al meollo del día de Pentecostés: El Dios Creador, el Eterno, quien diseñó todo lo que vemos y cada molécula de aire que respiramos, está dispuesto a trabajar con nosotros personalmente, cada día de nuestra vida, para escribir sus leyes con su propio dedo en nuestro corazón y en nuestra mente por medio de su Espíritu Santo. Ese Espíritu ya no está en una lejana montaña: está aquí con nosotros. La diferencia entre estos dos días de Pentecostés es muy significativa.

Desde el monte hasta sus hijos

En el monte Sinaí, el mismo Dios estaba dando a conocer, desde su propia boca, sus pensamientos, sus deseos, sus pasiones; y en el año 31 d.C. también estaba hablando, pero esta vez lo hacía por boca de los suyos “según el Espíritu les daba que hablasen” (Hechos 2:4). Los dos Pentecostés se parecen en que ambos nos recuerdan que la hermosa verdad del evangelio viene de Dios, y en sus diferencias nos muestran que si antes Dios habló desde la distancia, hoy habla por medio de sus hijos, por boca de seres humanos. Sigue teniendo un mensaje para transmitir, y sigue estando a cargo de ese mensaje, pero ahora lo proclama por medio de las palabras y vidas de los discípulos en quienes reside su Espíritu.

Entre las emociones de todos los días santos, reparemos con gran motivación en el día de Pentecostés. En ese día Dios comenzó todo un proceso. En el pasado, con gran despliegue de poder, Dios descendió al monte entre fuego y truenos, y escribió sus leyes con su propio dedo en tablas de piedra para que se entregaran a su pueblo. Pero ahora, como lo vemos en el día de Pentecostés del año 31 d.C., ya no es un Dios que mora en la distancia; ahora mora dentro de nosotros, sus hijos (Juan 14:17, 23). Es un Dios que sigue escribiendo sus leyes en tablas, pero ahora esas tablas son nuestros corazones. Lo hace no solo como Legislador divino, sino con todo el interés y cuidado de un Padre amoroso que desea transformarnos.

Demos gracias a Dios por el día de Pentecostés. Demos gracias porque toma su poder, su ley y su presencia; los baja del monte y los trae a una nueva morada dentro de sus hijos. MM



La oración: conexión directa con Dios

Por: Adam J. West

La neurociencia es una exploración fascinante del cerebro y el sistema nervioso humanos. Examina cómo el cerebro participa en todo lo que hacemos: pensar, sentir, movernos, aprender y recordar; así como su comunicación con el cuerpo. Los neurocientíficos estudian el desarrollo del cerebro así como su adaptabilidad, y lo que pasa cuando algo anda mal; sea efecto de la edad, de una lesión o de una enfermedad. El cerebro, el centro de control del cuerpo, da forma a nuestras experiencias y acciones físicas. Pero cabe preguntar: ¿Es la existencia humana algo más que una serie de estímulos electroquímicos? ¿Habrá conexiones más profundas que definan nuestra humanidad?

La neurociencia ha traído conocimientos fascinantes sobre la práctica hondamente personal de la oración, esta puede influir en la actividad mental. Aunque se trata fundamentalmente de una actividad espiritual, la oración produce un efecto mensurable en la función neurológica. Estudios de resonancia magnética funcional muestran que puede reducir la actividad del lóbulo parietal inferior, un área del cerebro que se asocia con la distinción entre el yo y otros. Durante la oración, se observa aumento de la actividad en partes del lóbulo frontal, el que gobierna la atención y la concentración; y este cambio es parecido al que ocurre con otras tareas de concentración intensa (*Psychology Today*, 14 de octubre del 2019).

La ciencia afirma que las formas físicas como el cerebro se benefician al practicar la oración; que brinda alivio, mejora la concentración y genera un sentido de conexión. Pero los verdaderos beneficios de la oración, dirigida al Dios verdadero, trascienden lo que se puede evaluar físicamente. El acto de la oración cristiana es deliberado y benéfico cuando se ora con intención, y contribuye a establecer una conexión y relación con el Dios del Universo. Es un medio que nos ayuda a someternos al Creador de todos los seres humanos hechos a su imagen y semejanza (Génesis 1:26).

La oración hace más que ejercitar, calmar y recalibrar el cerebro; también actúa sobre el espíritu que hay en el hombre, el espíritu humano que Dios da a todos los que crea a su imagen (Job 32:8; 1 Corintios 2:11). Hay beneficios espirituales que se derivan de la conexión profunda generada por la oración. Aunque la neurociencia no puede detectar el espíritu en el hombre, la Santa Biblia, revelación divina e inamovible de Dios al hombre, declara su existencia

como un hecho. El espíritu en el hombre actúa conjuntamente con el cerebro para generar y facultar la mente humana, y teniendo esto presente, es posible comunicarnos con nuestro Hacedor. Esa comunicación ocurre al orar.

Tres aspectos de la oración

Fe. ¿Cómo orar para recibir *respuestas*? Para orar se necesita tener fe, humildad y un conocimiento claro de lo que es la voluntad divina. Jesús les dijo a dos ciegos en Mateo 9:29: “Conforme a vuestra fe os sea hecho”. Más adelante, en Mateo 21:22, nos recuerda: “Todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis”. Y Hebreos 11:6 nos enseña “Sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardónador de los que le buscan”.

Humildad. La oración también debe reflejar una actitud sumisa, que no se limite a dictar nuestros deseos, sino a buscar la voluntad divina. Muchas oraciones carecen de respuesta porque no reflejan los deseos de Dios (Santiago 4:2-3). Jesús dio a sus seguidores una oración modelo, en la cual demostró la importancia de glorificar a Dios, de pedir su guía, confesarle nuestros pecados y perdonar a los demás. Un corazón que no perdona es un obstáculo en nuestras oraciones, porque el perdonar a los demás es una condición para que Dios nos escuche (Mateo 6:5-15).

Diligencia. Responder a nuestras oraciones es un deleite para Dios, y su deseo es dar cosas buenas a quienes le buscan con diligencia (Lucas 12:32). La oración nos transforma: “Aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día” (2 Corintios 4:16).

Al orar con fe, humildad y en consonancia con la voluntad de Dios, nos abrimos a recibir su guía y sus bendiciones.

El apóstol Pablo nos dice que tengamos actitud de agradecimiento y que oremos constantemente: “Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (1 Tesalonicenses 5:17-18). La oración con agradecimiento cultiva la humildad, y profundiza nuestra conexión con Dios. Si no lo hemos hecho, comencemos hoy mismo a recibir los beneficios tanto físicos como espirituales de la oración. Conectémonos con nuestro Creador, busquemos su guía y vivamos nuestra vida bajo su santísima voluntad. NM



Reseñas de Canadá

Confianza en el gobierno

*El primer ministro de Canadá es el último líder en dimitir.
¿En quién podríamos confiar para un liderazgo perfecto?*

Por: Michael Heykoop

Los líderes canadienses que han ejercido el cargo de primer ministro durante largos períodos, rara vez han dejado el cargo en buenos términos. Al no estar sujetos a la limitación de sus mandatos, no suelen dejarlo hasta que se vuelven impopulares. Jean Chrétien ejerció el cargo durante diez años, antes de que las disensiones dentro de su propio Partido Liberal lo obligaron a dimitir, en lugar de enfrentarse a un desafío oficial a su posición como líder del partido. Stephen Harper, a quien le faltaban menos de cuatro meses para cumplir un decenio completo como primer ministro, fracasó en su intento de reelección en el 2015, porque su Partido Conservador perdió casi el 38 % de los escaños parlamentarios que poseía anteriormente.

¿Qué hace que líderes que otrora fueron populares pierdan el apoyo de quienes dicen servir?

En la mañana del lunes 6 de enero, el primer ministro Justin Trudeau se dirigió a un pequeño atril frente a su residencia de Rideau Cottage, Ottawa, para pronunciar un discurso en el que confirmó que renunciaría tanto al cargo de primer ministro, como al liderazgo del Partido Liberal, tan pronto como se pudiera decidir su reemplazo.

El primer mandato de Justin Trudeau como primer ministro comenzó en el 2015, cuando su Partido Liberal obtuvo la mayoría en la Cámara de los Comunes. Trudeau lideró gobiernos minoritarios tras las elecciones de los años 2019 y 2021. Logró sortear los desafíos de un liderazgo minoritario, en los que las mociones de censura suelen amenazar al gobierno con la disolución, estableciendo acuerdos con el Nuevo Partido Democrático (NDP). Trudeau

apoyó varias iniciativas del NDP y, a cambio, el partido apoyó su gobierno cada vez que se enfrentaba a una moción de censura en el Parlamento.

¿Es inevitable la pérdida de confianza en Trudeau?

Pero esto no habría de durar. A medida que el apoyo al gobierno liberal caía en las encuestas, los diputados de su propio partido comenzaron a cuestionar abiertamente la capacidad de Trudeau para liderar tanto al partido como al país. En una reunión de representantes de los diferentes partidos en octubre, tras la pérdida de escaños en Montreal y Toronto, veinticuatro diputados firmaron una carta pidiendo la dimisión de Trudeau.

Tras la elección de Donald Trump en noviembre del 2024 en Estados Unidos, la perspectiva de un aumento de aranceles volvió a poner en primer plano la situación de la economía canadiense. La Declaración Económica Federal del gobierno para el 2024, prometía ser un punto de controversia e intriga. Se había prometido que el déficit proyectado no superaría los 40.000 millones de dólares.

Apenas unas horas antes de la publicación de la declaración, el 16 de diciembre, la ministra de Finanzas y diputada liberal, Chrystia Freeland, dimitió y publicó una carta en la que detallaba importantes preocupaciones sobre la gestión del gasto por parte de Trudeau, refiriéndose a algunos gastos como *trucos*, para comprar el apoyo de los votantes en preparación para otras elecciones.

La renuncia de Freeland, junto con la revelación de que el déficit había superado con creces el límite prometido de 40.000 millones de dólares, alcanzando la asombrosa cifra de 61.900 millones; provocó nuevas peticiones de dimisión. Durante las semanas

siguientes, un número cada vez mayor de diputados liberales exigió públicamente la dimisión del primer ministro. Las bancadas liberales de Ontario, Quebec y la región atlántica de Canadá; pidieron formalmente la dimisión de Trudeau. El líder del NDP, Jagmeet Singh, quien había permitido que el gobierno minoritario de Trudeau

En cualquier ciclo electoral, los aspirantes tienen la ventaja de no tener un historial en el cargo al que aspiran, mientras que el titular tiene un historial que puede ser analizado y condenado. Muchos que buscan derrocar a los líderes actuales, han usado este argumento: “¿Está usted en mejor situación ahora que cuando él asumió el cargo?”

Canadá necesita desesperadamente de sus líderes, como cualquier otra nación del mundo, un llamado, tanto personal como nacional, a recurrir a los mandamientos y principios de Dios expresados en la Biblia; que conducen al éxito, la abundancia y relaciones sólidas.

sobreviviera a tres mociones de censura, prometió a los canadienses que votaría para convocar elecciones.

Al igual que Jean Chrétien antes que él, la falta de confianza de su propio partido político, llevó a Trudeau a decidir renunciar en lugar de enfrentar una disputada carrera por el liderazgo.

¿Por qué fracasan los líderes?

¿Es la pérdida de confianza el destino inevitable de cualquier líder que ostenta el cargo durante un período importante? Los políticos suelen ganar popularidad y poder atacando a quien ostenta el poder que desean para sí mismos. En teoría, el proceso democrático garantiza la elección de un líder aprobado por el pueblo, alguien que cuenta con la confianza del público. A veces, las promesas de campaña se cumplen, lo que hace que la popularidad de un líder crezca durante sus primeros años en el cargo. Pero las opiniones cambian con el tiempo, la popularidad es efímera y la confianza se pierde; lo que lleva al pueblo a buscar a otro líder.

El caso de Trudeau es fascinante, ya que el motivo de su dimisión fue una preocupación presupuestaria. En el 2015, durante su primera campaña electoral como líder del partido, sus oponentes lo atacaron por ingenuo en lo que respecta a los presupuestos nacionales. La oposición a Trudeau destacó un comentario informal que hizo: “El presupuesto se equilibrará solo”. Aparentemente, esta filosofía fue suficiente para tres elecciones en diez años, una longevidad que envidiaría la mayoría de los líderes mundiales. Pero esta misma filosofía, ahora parece ser una razón decisiva para la falta de confianza de los canadienses en su primer ministro.

Demasiados votantes caen en la trampa de creer que elegir a otro funcionario adecuado resolverá todos sus problemas. Es una tendencia natural analizar nuestra propia situación y, en lugar de preguntarnos: “¿Qué hizo para llegar hasta aquí?”. Preguntarnos: “¿Cómo solucionará esto, si lo elijo?”.

Parece que Canadá pronto celebrará elecciones generales, en las que el electorado elegirá a un nuevo líder para guiar a la nación. Las encuestas sugieren que este líder no provendrá del Partido Liberal de Trudeau, sino probablemente del Partido Conservador de la oposición. Pero, ¿cuánta diferencia marcará un nuevo líder? ¿Conseguirá un nuevo primer ministro generar un cambio positivo y sistemático?

Eterna confianza

Lo que Canadá necesita desesperadamente de sus líderes, como cualquier otra nación del mundo, es un llamado, tanto personal como nacional, a recurrir a los mandamientos y principios de Dios expresados en la Biblia; que conducen al éxito, la abundancia y relaciones sólidas. El continuo rechazo de estos principios nos

ha hecho tambalear, tanto como sociedad colectiva, o en muchos casos, como individuos.

Las palabras del primer capítulo de Isaías, dirigidas a un pueblo que había olvidado a su Creador, deberían servir de firme advertencia para la población de Canadá, así como para la de muchos países del mundo: “Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado; haced justicia al huérfano, amparad a la viuda” (Isaías 1:16-17).

La Biblia profetiza un tiempo cuando un gobierno honesto y justo enseñará principios rectos, después de que Jesucristo regrese a la Tierra, y traiga consigo el gobierno con el que dirigirá a la humanidad durante mil años (Apocalipsis 20:4). Al principio, algunos recibirán a ese gobierno con escepticismo (Zacarías 14:16-19), pero la confianza crecerá a medida que ese Líder perfecto enseñe al pueblo su camino de vida perfecto, alguien que no se dejará influenciar por la volubilidad de la opinión pública. ¡Que Dios apresure ese día! 



Justin Trudeau llegó al poder en el 2015 como una cara nueva y refrescante de la política progresista.



La familia de hoy... y del mañana

Cada herramienta a su tiempo

Mientras criamos hijos desde que nacen hasta que lleguen a adultos, debemos asegurar que esa crianza sea conforme a los principios de Dios.

Por: Jonathan McNair

Proverbios 22:6 es un pasaje que nos da una esperanza profunda: “Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él”.

¡Suena tan sencillo!

Pero en realidad, los años de crianza infantil se sitúan entre los primeros en la lista de *no tan sencillos*. Una clave de la buena crianza es servirmos de diferentes estrategias en diferentes momentos de la vida del hijo. Los padres que no varían su forma de tratar con los hijos a medida que crecen, pueden terminar por irritarlos en vez de enseñarles y formarlos. El apóstol Pablo advirtió contra eso en su epístola a los efesios: “Vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor” (Efesios 6:4).

En la etapa del recién nacido hasta cerca de los 18 meses de edad, la nueva personita requiere cuidados especiales, ya

que al principio es totalmente indefensa. Luego, la etapa que podríamos llamar la infancia temprana (más o menos de los 18 meses a los 3 años), trae retos enteramente nuevos cuando el que fue un recién nacido incapaz, empieza a encontrar su lugar en el mundo; lleno de necesidades y exigencias que los padres deben canalizar hacia un desarrollo sano. Después vienen las tres etapas que conducen a la edad adulta. Veamos cada una brevemente:

Preescolar (3 a 6 años)

En estos años de formación, los niños continúan explorando su mundo. Los padres y madres prudentes no se limitan a familiarizarlos con los números y el alfabeto, sino que al guiarlos y enseñarles irán introduciendo los principios de Dios. Por ejemplo, enseñarles a compartir los juguetes con otros niños no es solo para que sean amables. Es un pequeño paso, como principiantes, de la virtud divina del dar. Es para que aprendan a amar al

prójimo actuando con generosidad, y si no lo mostramos a nuestros hijos, ni nosotros compartimos, ellos no lo harán con los demás. ¿Por qué habrían de hacerlo? El día que se reúnan a jugar con otros niños, van a poner en práctica lo que han aprendido. Quienes no han aprendido a compartir, no lo van a hacer de repente; por muy firmemente que los amoneste su madre o padre.

En esta etapa, los padres también deben continuar enseñando a sus hijos a dominar sus emociones. Cuando aprenden a jugar juegos y deportes, y cuando empiecen a aprender manualidades y música, habrá muchas oportunidades de éxito y fracaso, de alegría y frustración. El niño no es el único que debe lidiar con estas experiencias, la madre y el padre también. Y si los instruyen y enseñan a manejar sus emociones, les darán una ventaja para toda la vida. El libro de los Proverbios, que tiene muchos principios para inculcar en los hijos, también señala este punto: “Como ciudad derribada y sin muro es el hombre cuyo espíritu no tiene rienda” (Proverbios

25:28). Un niño en edad preescolar no es demasiado pequeño para aprender a dominar sus emociones. Al hacerlo, sus relaciones indudablemente se beneficiarán, y su salud mental estará en mejor estado. Y todo esto comienza con la formación que recibe en casa.

Edad escolar (6 a 12 años)

Cuando llegan a esta etapa, los niños comienzan a mostrar un verdadero uso de razón. Siguen absorbiendo conocimientos como una esponja. Quieren saber *qué, por qué y cómo*. Aún siguen muy inclinados hacia los padres, deseados de recibir la aprobación paterna cuando emprenden actividades nuevas y prueban nuevas habilidades. ¿En qué difiere esta etapa de la anterior? ¿Qué reajustes exige en nosotros?

Primero, es importante reconocer que tenemos que reajustar. Tenemos que dar a los hijos oportunidades de aprender en un medio más organizado y formal, sea en el aula de la escuela o siguiendo un plan de estudios en casa. También es conveniente brindar otras experiencias de aprendizaje, como deportes y música. Esta es una buena edad para enseñarles a cuidar de la mascota o de las plantas. Aprender a trabajar es tan importante como aprender a jugar, y los niños pueden adquirir perseverancia y sentido de responsabilidad, mientras ayudan con los quehaceres de la casa como parte de su educación.

Uno de los más grandes retos en esta etapa, es lograr el equilibrio entre la sobreprotección de nuestros hijos, y la falta de atención a los peligros que se les pueden presentar. Si no tenemos cuidado, en estos años los hijos se ocuparán menos de la aprobación paterna, y más en la aprobación de sus compañeros. Si asisten a una escuela con otros niños, pasarán más tiempo con ellos que con nosotros; y la manera de pensar de sus compañeros se les puede convertir, fácilmente, en algo muy fuerte e importante. Lo mismo puede decirse de los niños que reciben su instrucción escolar en casa, especialmente si pasan tiempo en las redes sociales. Preguntémoslos, entonces, hacia adónde se inclinan nuestros hijos: ¿Hacia sus compañeros o hacia sus padres? ¿De quién son más importantes las ideas y opiniones? A medida que aprenden a interactuar con sus compañe-

ros, es vital que fortalezcan las relaciones con sus padres.

¿Y cómo es su relación con la tecnología? Los medios digitales ofrecen oportunidades valiosas para aprender, pero también pueden exponer a los niños a escenas violentas, lenguaje soez e incluso pornografía; cosas que corrompen su aprovechamiento del tiempo y afectan peligro-

do que los rodea. Sin darse cuenta, comienzan a analizar la validez de lo que han dicho sus padres, teniendo en cuenta los mensajes que reciben de la sociedad y de sus compañeros.

Un mito muy difundido dice que tan pronto los niños se convierten en adolescentes, es inevitable que sean rebeldes. Es cierto que a menudo lidian con lo que ven



Cada etapa tiene características específicas en términos de desarrollo físico, cognitivo, emocional y social.

samente su crecimiento. Los adultos que no vigilan atentamente y limitan el tiempo de pantalla en sus hijos, encontrarán que su papel de padres cede ante el imperio de los compañeros, y de empresas que se benefician descarriando a los niños.

Los hijos en esta etapa necesitan vigilancia. Necesitan guía y enseñanza que refleje lo que Dios ordena, y es responsabilidad de los padres darles esa formación. Lo que dijo Dios a los israelitas sigue siendo útil en la actualidad: “Pondréis estas mis palabras en vuestro corazón y en vuestra alma... Y las enseñaréis a vuestros hijos, hablando de ellas cuando te sientes en tu casa, cuando andes por el camino, cuando te acuestes, y cuando te levantes” (Deuteronomio 11:18-19).

Adolescencia (13 a 18 años)

Los años de adolescencia tienen fama de ser un período de rebeldía y obstinación. No obstante, si se han puesto bien los cimientos en las etapas anteriores, estos años pueden ser fascinantes y muy satisfactorios para los padres. Los niños absorben todo lo que van aprendiendo, pero los adolescentes comparan lo que han aprendido con el mun-

y oyen a su alrededor, porque gran parte de lo que el mundo les ofrece puede parecer muy atractivo. Entonces, el reto para nosotros como padres es continuar enseñándoles y formándolos durante estos años, a la vez que les damos espacio para ejercer su independencia en una medida apropiada. Una de las mayores alegrías como padres, es ver la luz del entendimiento en los ojos de nuestros adolescentes, cuando reciben los buenos frutos de los principios de Dios.

Como hemos visto, cada etapa en el crecimiento de un hijo, trae sus propios retos y recompensas maravillosas para padres y madres. Salomón lo dijo muy bien cuando escribió: “He aquí, herencia del Eterno son los hijos; cosa de estima el fruto del vientre. Como saetas en mano del valiente, así son los hijos habidos en la juventud. Bienaventurado el hombre que llenó su aljaba de ellos; no será avergonzado cuando hablare con los enemigos en la puerta” (Salmos 127:3-5). Para ampliar este tema, les invitamos a solicitar nuestro instructivo folleto gratuito titulado: *¿Por qué es tan difícil criar hijos?* También puede descargarse desde nuestro sitio en la red: www.elmundodemanana.org. Les será muy útil para guiar a sus hijos en todas las etapas de su crecimiento y desarrollo. 



REINO UNIDO Y LAS CORRIENTES DE LA HISTORIA

El maná del Cielo

*Dios alimentó a los israelitas con maná en el desierto.
¿Cuál es el verdadero pan de vida que ofrece a su actual pueblo elegido?*

Por: Simon R. D. Roberts

En abril de 1945, al acercarse el fin de la Segunda Guerra Mundial en Europa, la población civil del Oeste de los Países Bajos, aún bajo ocupación alemana, se enfrentaba a una inminente crisis humanitaria. Ante la escasez de alimentos y el inminente riesgo de una hambruna, los bombarderos aliados montaron una operación para lanzar alimentos desde el cielo, salvando a millones de personas de una muerte lenta. Esta operación, llamada: *Maná*, en honor a la milagrosa alimentación de los israelitas narrada en el libro del Éxodo, proporcionó alimento vital al resiliente pueblo neerlandés. ¿Qué nos puede enseñar la Operación Maná, un acontecimiento extraordinario en su época?

El fin del hambre invernal

En mayo de 1940, el ejército alemán invadió los Países Bajos, y durante el resto de la guerra, el país estuvo bajo ocupación nazi. Los neerlandeses se acostumbraron a ver a la Real Fuerza Aérea (RAF), y a otros bombarderos aliados sobrevolando, dirigiéndose hacia objetivos en Alemania, mientras su propia supervivencia se volvía cada vez más difícil.

Tras la invasión del Día D en junio de 1944, que permitió a los Aliados establecerse en Francia, las fuerzas alemanas en los Países Bajos, intentaron bloquear los avances aliados inundando

intencionadamente más de 2.000 kilómetros cuadrados de tierra en el Oeste. La inundación de ese territorio, donde se encuentran importantes ciudades y canales, interrumpió gravemente el transporte, y agravó la escasez de alimentos para los 4,5 millones de habitantes de la región.

La situación empeoró en el invierno de 1944, tras la imposición por parte de las fuerzas alemanas de un embargo a los envíos de alimentos, y la severa limitación del suministro de combustible. El crudo invierno congeló canales y ríos, dificultando aún más el transporte. Durante ese período, conocido como el Invierno del Hambre, se estima que 20.000 civiles, en su mayoría ancianos, murieron de frío, desnutrición y enfermedades relacionadas. Cientos de miles más sufrieron secuelas a largo plazo. Algunos ciudadanos neerlandeses recurrieron al consumo de hierba, bulbos de tulipán, remolacha azucarera e incluso animales domésticos para sobrevivir.

Con el fin de la guerra acercándose en Europa, las condiciones en el Oeste de los Países Bajos se agravaron, y el príncipe Bernardo y el gobierno neerlandés en el exilio, pidieron ayuda a los líderes aliados Winston Churchill y Franklin D. Roosevelt. A pesar de la resistencia alemana, los aliados comenzaron a prepararse para una misión humanitaria. El transporte de provisiones por mar se vio complicado por las minas en las rutas marítimas y los daños en los puertos, por lo que, en su lugar, los aliados decidieron lanzar víveres desde el aire.

El 17 de abril de 1945, el comodoro aéreo de la RAF, Andrew Geddes, fue convocado al cuartel del general Dwight D. Eisenhower, donde se le encomendó la tarea de organizar un transporte aéreo de víveres, utilizando los recursos combinados del mando de bombardeo de la RAF y la octava Fuerza Aérea del Ejército de los Estados Unidos. Sin embargo, existía un desafío logístico, no se disponía de paracaídas para los lanzamientos. Las tripulaciones, que también incluían aviadores australianos, canadienses, neozelandeses y polacos; tenían experiencia en el lanzamiento de municiones desde los 6.000 metros de altitud, pero para esta misión debían volar a baja altitud, a veces hasta 120 metros, para garantizar que los víveres llegaran a tierra sin problemas.

Con la ayuda de funcionarios neerlandeses, se establecieron zonas de lanzamiento y corredores de vuelo designados, y el 29 de abril de 1945, comenzó la Operación Maná. Ese día, los bombarderos Lancaster y Mosquito de la RAF lanzaron 535 toneladas de alimentos. La operación se intensificó al día siguiente, con 1021 toneladas de alimentos lanzados en cinco puntos. Entre el 29 de abril y el 8 de mayo, la RAF y, posteriormente, los bombarderos estadounidenses B-17 Flying Fortress, que dirigían la Operación Chowhound, lanzaron más de 10.000 toneladas de provisiones.

Los suministros consistían en alimentos básicos como harina, huevo en polvo y conservas. Sobre el terreno, estos se distribuyeron en barcazas y carretas, con la ayuda de civiles neerlandeses y bajo la supervisión de soldados alemanes. El éxito de la misión quedó patente en las reacciones de los civiles neerlandeses, muchos de los cuales ondearon banderas y sábanas junto a las zonas de lanzamiento para expresar su gratitud.

El 5 de mayo de 1945, las fuerzas alemanas en los Países Bajos capitularon. Los lanzamientos aéreos cesaron poco después, y se lograron entregar víveres por camión.

Verdadero pan del Cielo

El nombre *Operación Maná* no fue elegido al azar. Era una referencia al relato bíblico del sustento milagroso de los israelitas, durante sus 40 años de peregrinación por el desierto. En el libro del Éxodo, se nos dice que Dios proveyó a los israelitas de “maná”, que mencionaron como de un sabor a “hojuelas con miel”.

Dios le dijo a Moisés: “Yo os haré llover pan del Cielo” (Éxodo 16:4). El maná era un sustento esencial para los israelitas en su travesía por el desierto de Sin, permitiéndoles sobrevivir en un entorno que de otro modo sería inhóspito.

En el Nuevo Testamento, Jesucristo recordó este milagro al referirse a sí mismo como el “Pan de vida”. En el Evangelio de

Juan, tras alimentar sobrenaturalmente a miles de personas, Jesús aprovechó su milagro para enseñar sobre un alimento espiritual más profundo, contrastando sus dones eternos con la naturaleza temporal del alimento físico.

Jesús le dijo a la multitud: “Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará” (Juan 6:27). Luego añadió: “Yo soy el Pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre” (Juan 6:35). Jesús explicó que, así como los israelitas comieron maná en el desierto y sobrevivieron, quienes participan de Él, creyendo en sus palabras y siguiendo sus enseñanzas, recibirán el don de la vida eterna.

Jesucristo declaró: “Yo soy el Pan vivo que descendió del Cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre” (Juan 6:51). Su declaración lo relaciona con el maná en el desierto, pero con una promesa aún mayor: alimentarse de Jesucristo: “El Pan que descendió del Cielo”, da vida eterna (Juan 6:57-58).

Jesús nos enseña que alimentarse del Pan de vida, como sustento espiritual, es tan esencial como el alimento físico. Así como los israelitas dependían del maná

para sobrevivir físicamente, los discípulos están llamados a alimentarse de Jesucristo, llenando su mente con sus palabras (Salmos 19:14), y buscando una relación profunda y continua con el Eterno (Jeremías 29:13).

Cumplido el octogésimo aniversario de la Operación Maná, tenemos la oportunidad de reflexionar sobre las lecciones espirituales más profundas que encierra esta historia. Así como el pueblo neerlandés fue salvado por el *maná* caído del Cielo, debemos recordar que nuestro verdadero alimento debe provenir del Dios del Cielo. El “Pan de vida”, el Cristo viviente, que brindando más que un alivio temporal, es la fuente de la vida eterna. Y en cada Pascua, los verdaderos discípulos conmemoran el sacrificio que Jesucristo hizo para dar a su pueblo acceso a ese “Pan de vida”. Por lo tanto, debemos preguntarnos: ¿Nos estaremos alimentando del Pan que realmente satisface? ¿Damos prioridad a nuestra relación con Dios, quien nos ofrece el don de la vida eterna?

La historia de la Operación Maná es un poderoso símbolo de esperanza. Así como los israelitas dependían del maná en el desierto, nosotros también debemos depender del verdadero Pan del Cielo para nuestro sustento espiritual. El verdadero evangelio que Jesucristo predicó hace casi 2.000 años, tiene un verdadero significado para nuestra vida, pero necesitamos buscarlo y alimentarnos de Él. Para descubrir cómo este evangelio puede transformar nuestra vida, les invitamos a solicitar nuestro folleto gratuito: ¿Conoce usted el verdadero evangelio? O pueden descargarlo desde nuestro sitio en la red: www.elmundodemana.org. MM



El Eterno dijo a Moisés: He aquí yo os haré llover pan del Cielo; y el pueblo saldrá, y recogerá diariamente la porción de un día, para que yo lo pruebe si anda en mi ley, o no. Éxodo 16:4



Panorama profético del tiempo del fin

Se acerca el inicio de la cuenta regresiva más dramática y espectacular de la historia humana.

Por: Mario Hernández

La civilización tiene los días contados en el sentido literal de la palabra. Pronto ocurrirá en el escenario del mundo una señal espectacular que dará comienzo a la cuenta regresiva que marcará el fin de los últimos seis mil años de historia humana, y el lanzamiento de una nueva era gloriosa que colmará los anhelos recónditos de paz y felicidad que alberga el ser humano.

Esa era gloriosa será el establecimiento de un gobierno único y perfecto que abarcará toda la redondez de la Tierra.

El nombre de ese gobierno es el Reino de Dios y estará encabezado por el mismo Jesucristo, quien regirá personalmente el destino de todos los pueblos del mundo desde la ciudad de Jerusalén, futura sede y capital mundial de su gobierno.

Pruebas históricas de cumplimientos proféticos

¿En qué nos basamos para tener la absoluta certeza de lo que aún no se ve? ¡En los cumplimientos verificables e irrefutables de sucesos históricos que habían sido anunciados de antemano! Como veremos a continuación, son hechos que constituyen la prueba y la garantía de que lo que falta por cumplirse también ¡se cumplirá!

Veremos unos cuantos ejemplos que servirán como testimonio contundente, para quienes tengan “oídos para oír” (Mateo 13:43). Los demás se convencerán cuando se cumplan las cosas que, con toda sinceridad, les queremos transmitir.

El propósito primordial es que se produzca en sus vidas un cambio radical y profundo que se llama “arrepentimiento”, lo cual significa dejar de transgredir las leyes de Dios, y empezar a caminar por la senda de sus mandamientos (Salmos 119:1-10, 32; Mateo 19:16-19).

Quienes se decidan de todo corazón a emprender y seguir la senda estrecha “que lleva a la vida” (Mateo 7:14), serán considerados “dignos de escapar” (Lucas 21:33-36) de los sucesos cataclísmicos que marcarán el fin de esta era, y el establecimiento del gobierno de Dios sobre toda la faz de la Tierra (Daniel 2:35, 44; 7:27).

Si el amigo lector desea tener un concepto claro de lo que significa “arrepentirse” y seguir el camino de vida que conduce al Reino de Dios, le invitamos a que nos solicite el folleto gratuito titulado: *Los diez mandamientos*. También lo puede descargar desde nuestro sitio en la red: www.elmundodemañana.org.

He aquí lo que Dios declara con respecto a su poder para anunciar de antemano lo que sucederá en el futuro. El Dios Creador nos lanza un desafío a los seres humanos:

“Traigan, anúnciennos lo que ha de venir; dígnos lo que ha pasado desde el principio, y pondremos nuestro corazón en ello; sepamos también su postrimería, y hacednos entender lo que ha de venir. Dadnos nuevas de lo que ha de ser después, para que sepamos que vosotros sois dioses” (Isaías 41:22-23).

“¿Y quién proclamará *lo venidero*, lo declarará, y lo pondrá en orden delante de mí, como hago yo desde que establecí el pueblo antiguo? Anúncienles lo que viene, y lo que está por venir” (Isaías 44:7).

“Así dice el Eterno, tu Redentor, que te formó en el vientre: Yo el Eterno, que lo hago todo, que extendiendo solo los Cielos, que extendiendo la Tierra por mí mismo; que deshago las señales de los adivinos, y que enloquezco a los agoreros; que hago volver atrás a los sabios, y desvanezco su sabiduría” (Isaías 44:24-25).

“Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, *que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no se ha hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero*” (Isaías 46:9-10).

Con esta introducción de parte del Omnipotente, traeremos a la memoria “cosas pasadas desde los tiempos antiguos” que fueron anunciadas “desde el principio” y que tuvieron su cumplimiento:

Por boca del profeta Jeremías, Dios anunció en dos ocasiones para que no quedara duda, ¡que el Imperio Neobabilónico, cuyo rey más destacado fue Nabucodonosor, habría de dominar durante 70 años la región del Oriente Medio que incluía a Israel y las naciones circundantes.

“Toda esta tierra será puesta en ruinas y en espanto; y servirán estas naciones al Rey de Babilonia setenta años. Y cuando sean cumplidos los setenta años, castigaré al Rey de Babilonia y a aquella nación por su maldad, ha dicho el Eterno” (Jeremías 25:11-12).

“Así dijo el Eterno: Cuando en Babilonia se cumplan los setenta años, yo os visitaré, y despertaré sobre vosotros mi buena palabra, para haceros volver a este lugar” (Jeremías 29:10).

Los hechos históricos innegables, confirmaron el cumplimiento exacto de estas palabras inspiradas por Dios, las cuales se han preservado hasta nuestros días para que nos sirvan como testimonio de su veracidad.

Babilonia extendió sus dominios en el Oriente Medio después de la batalla de Harán, acaecida en el año 609 a.C. Harán era el último bastión que le quedaba al Imperio Asirio después de la destrucción de Nínive, su capital; ocurrida en el año 612 a.C. Desde entonces, Nabopolassar, rey de Babilonia, y su hijo Nabucodonosor II; llenaron el vacío de poder que los asirios habían dejado en todo el Oriente Medio. Así se inició el cumplimiento de las palabras que acabamos de citar: “Servirán estas naciones al Rey de Babilonia setenta años”.

El principal gobernante de Babilonia fue Nabucodonosor II, quien llevó cautivos a los judíos desde Jerusalén y de Judea hasta Babilonia. Después de la muerte de Nabucodonosor en el año 562 a.C., sus

descendientes reinaron en Babilonia hasta el otoño del año 539 a.C.; cuando Ciro el Grande, rey de los medos y de los persas, se tomó Babilonia, exactamente 70 años después del inicio del período profetizado por Jeremías.

Alguien podría asegurar que a Jeremías le fue fácil anunciar 70 años del dominio babilónico, puesto que vivió en esa misma época. La respuesta, sin embargo, es que la Biblia señala con precisión las fechas del inicio del fin del ministerio del profeta Jeremías:

“Las palabras de Jeremías... Palabra del Eterno que le vino en los días de Josías hijo de Amón, rey de Judá, en el año *decimotercero de su reinado*” (Jeremías 1:1-2). El año decimotercero del reinado de Josías corresponde al año 626 a.C. Estas fechas han sido establecidas después de meticulosa investigación por eruditos, expertos en la cronología del mundo antiguo.

“Le vino también en días de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, hasta el fin del año undécimo de Sedequías hijo de Josías, rey de Judá, hasta la cautividad de Jerusalén en el mes quinto” (Jeremías 1:3). El mes quinto del año undécimo de Sedequías corresponde al mes de agosto del año 585 a.C., fecha en la cual Jerusalén y el templo fueron destruidos (2 Reyes 25:8-10). Poco tiempo después de estos sucesos, habiendo concluido cuarenta años de ministerio, Jeremías desaparece de la escena. Aún faltaban cuarenta y seis años para que se cumplieran los setenta años que Dios había predicho por medio de él; acerca de la duración del dominio del Imperio Neobabilónico sobre la tierra de Israel y las naciones circundantes.

Veamos otra prueba asombrosa del poder de Dios cuando dice: “Anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no se ha hecho” (Isaías 46:10):

Por medio del profeta Isaías, Dios le puso el nombre propio a Ciro el Grande, fundador del Imperio Medopersa, más de 150 años antes de que naciera. El profeta Isaías escribió inspirado por Dios entre los años 740 y 720 a.C., acerca de Ciro, quien nació en el año 576 a.C.: “Así dice el Eterno a su ungido, a Ciro... te daré los tesoros escondidos, y los secretos muy guardados, para que sepas que yo soy el Eterno, el Dios de Israel, *que te pongo nombre*. Por amor de mi siervo Jacob, y de Israel mi escogido, *te llamé por tu nombre; te puse sobrenombre*, aunque no me conociste... Para que se sepa desde el nacimiento del Sol, y hasta donde se pone, que no hay más que yo; yo el Eterno, y ninguno más que yo” (Isaías 45:1, 3-4, 6).

Dios también declaró por medio de Isaías la función para la cual había predestinado a Ciro: “Yo [el Eterno], el que despierta la palabra de su siervo... *que dice a Jerusalén: Serás habitada*; y a las ciudades de Judá: Reconstruidas serán, y sus ruinas reedificaré; *que dice a las profundidades: Secaos, y tus ríos haré secar*; *que dice de Ciro: Es mi pastor, y cumplirá todo lo que yo quiero*, al decir a Jerusalén: Serás edificada; y al templo: Serás fundado” (Isaías 44:26-28). Al decir que habría de secar las profundidades y “tus ríos haré secar”, la palabra “ríos” está en plural. En este contexto en el idioma hebreo se llama “plural de majestad”, para indicar que se trata del gran río Éufrates. Dios predijo exactamente la forma como Ciro el Grande se iba a tomar Babilonia, cuyas murallas eran inexpugnables.

Ciro, simplemente, por medio de un canal desvió el caudal del gran río Éufrates, el cual penetraba en la ciudad de Babilonia por debajo de las murallas. Al bajar el nivel de las aguas, en medio de la noche, parte de las tropas de los medos y los persas entraron en la ciudad por el cauce casi seco del río, y abrieron las gigantescas puertas de bronce al resto del ejército de Ciro, quien fácilmente tomó la ciudad que festejaba, totalmente desprevenida, creyéndose invencible.

Acerca de las puertas de Babilonia, Dios había anunciado de antemano con respecto a Ciro: “Para abrir delante de él puertas, y las puertas no se cerrarán... quebrantaré puertas de bronce, y cerrojos de hierro

haré pedazos” (Isaías 45:1-2). Como antes señalamos, Dios también había dicho de Ciro: “Es mi pastor, y cumplirá todo lo que yo quiero”. Como un pastor que lleva las ovejas al redil, el primer decreto de Ciro después de conquistar Babilonia fue publicar la libertad de los cautivos judíos, que habían sido llevados por Nabucodonosor, para que regresaran a su tierra:

“Al primer año de Ciro rey de los persas, *para que se cumpliera la palabra del Eterno por boca de Jeremías*, el Eterno despertó el espíritu de Ciro rey de los persas, el cual hizo pregonar de palabra y también por escrito, por todo su Reino, diciendo: Así dice Ciro, rey de los persas: el Eterno, el Dios de los Cielos, me ha dado todos los reinos de la Tierra; y *Él me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén*, que está en Judá. Quien haya entre vosotros de todo su pueblo, sea el Eterno su Dios con él, y suba” (2 Crónicas 36:22-23).

Sabemos que hay quienes no pueden creer que Dios tenga poder para anunciar de antemano sucesos futuros con tanta precisión. Un poco más adelante, en este artículo pondremos “en orden” (Isaías 44:7), a manera de cuenta regresiva, una serie de sucesos que aún no se han cumplido, los cuales algunos de quienes leen este escrito, vivirán para presenciar con asombro, cómo se harán realidad en su debido orden.

Sucesión de imperios desde Babilonia

Hasta hoy Dios es quien traza y dirige el rumbo de la historia:

“Él muda los tiempos y las edades; quita reyes, y pone reyes; da la sabiduría a los sabios, y la ciencia a los entendidos” (Daniel 2:21).

Como antes señalamos, Dios se valió de Nabucodonosor para llevar cautivos a los judíos a Babilonia. El primer grupo de cautivos fue trasladado en el año 604 a.C. Entre los prisioneros se encontraban cuatro jóvenes de la familia real de Judá, cuyos nombres eran: Daniel, Ananías, Misael y Azarías (Daniel 1:6). Estos fueron asignados al palacio real de Nabucodonosor para ser instruidos en el idioma y la cultura de Babilonia, con el fin de que ulteriormente prestaran servicio como consejeros del Rey.

Poco tiempo después, Nabucodonosor tuvo un sueño que lo dejó perplejo; porque no se acordaba del contenido del sueño sino del profundo impacto que le había causado. El Rey convocó a todos los sabios, astrólogos, encantadores y magos de Babilonia. Daniel y sus amigos no fueron convocados, tal vez, porque eran considerados como principiantes. Nabucodonosor les exigió a los astrólogos, encantadores y magos; que le dijeran qué era lo que había soñado y cuál era su interpretación: “Decidme, pues, el sueño, para que yo sepa que me podéis dar su interpretación” (Daniel 2:9).

Ante semejante exigencia, acompañada de sentencia de muerte si no cumplían la orden, aquellos hombres respondieron abrumados: “No hay hombre sobre la Tierra que pueda declarar el asunto del Rey; además de esto, ningún rey, príncipe ni señor preguntó cosa semejante a ningún mago ni astrólogo ni caldeo. Porque el asunto que el Rey demanda es difícil, y no hay quien lo pueda declarar al Rey, salvo los dioses cuya morada no es con la carne” (Daniel 2:10-11).

Ante esta respuesta, Nabucodonosor enfurecido, ordenó que ejecutaran a todos los sabios de Babilonia. Daniel y sus amigos, pese a que no fueron convocados, figuraban entre los sabios, razón por la cual los fueron a buscar para matarlos. Dios permitió que se suscitara tan dramáticas circunstancias para que quedara constancia escrita de que Él es el único que “revela lo profundo y lo escondido” (Daniel 2:22). Y el que anuncia “lo por venir desde el principio” (Isaías 46:10).

Daniel se presentó ante el Rey, y le pidió que le diera tiempo y que le daría la interpretación. Este fue un acto de fe admirable puesto

que la fe se define como “la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1).

Dios respondió a la oración de Daniel y sus amigos, revelándole a Daniel en una visión nocturna el sueño del Rey y su significado.

Cuando Daniel fue llevado ante la presencia del Rey, este le preguntó: “¿Podrás tú hacerme conocer el sueño que vi, y su interpretación? Daniel respondió delante del Rey, diciendo: El misterio que el Rey demanda, ni sabios, ni astrólogos, ni magos ni adivinos lo pueden revelar al Rey. Pero hay un Dios en los Cielos, el cual revela los misterios, y Él ha hecho saber al rey Nabucodonosor *lo que ha de acontecer en los postreros días*” (Daniel 2:26-28).

Daniel empezó recordándole al Rey cómo aquella noche, antes de dormirse, se preguntaba en sus pensamientos qué habría de ocurrir en el futuro. Y cómo Dios, quien revela los misterios, le mostró lo que habría de acontecer. Daniel se dispuso entonces a recordarle al Rey qué era lo que había soñado:

“Tú, oh Rey, veías, y he aquí una gran imagen. Esta imagen, que era muy grande, y cuya gloria era muy sublime, estaba en pie delante de ti, y su aspecto era terrible. La cabeza de esta imagen era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de bronce; sus piernas, de hierro; sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido. Estabas mirando, hasta que una piedra fue cortada, no con mano, e hirió a la imagen en sus pies de hierro y barro cocido, y los desmenuzó. Entonces fueron desmenuzados también el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y fueron como tamo de las eras del verano, y se los llevó el viento sin que de ellos quedara rastro alguno. *Mas la piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la Tierra*” (Daniel 2:31-35).

La Biblia nos revela que este sueño provino de Dios (Daniel 2:29), y que fue Dios quien le dio su interpretación (v. 30).

El sueño constituye una visión panorámica, una síntesis magistral de una sucesión de cuatro imperios de origen humano, como lo indica la estatua. Cuatro reinos que habrían de marcar el rumbo de la historia desde Babilonia hasta nuestros días, “los postreros días” (v. 28). En los cuales “*el Dios del Cielo levantará un Reino que no será jamás destruido* [como lo serían los anteriores], ni será el Reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre” (Daniel 2:44).

Daniel, bajo inspiración divina, le explicó a Nabucodonosor cómo él y el Imperio Babilónico estaban representados por la cabeza de oro de la imagen. Fue un imperio que duró hasta el año 539 a.C., cuando fue conquistado por los medos y los persas al mando de Ciro el Grande.

La interpretación continúa en los siguientes términos: “Después de ti se levantará otro reino inferior al tuyo” (Daniel 2:39). Obviamente, el Imperio de los medos y los persas, puesto que estaba constituido por dos naciones, estaba representado por el pecho y los dos brazos de plata de la imagen.

El Imperio de los medos y los persas se prolongó hasta el año 331 a.C. un poco más de 200 años, cuando empezó a ser rápidamente absorbido por las fuerzas grecomacedonias de Alejandro Magno, quien derrotó a Darío III, rey de los medos y de los persas, en la batalla de Arbela.

El Imperio Grecomacedonio corresponde al vientre y los muslos de bronce de la imagen del sueño de Nabucodonosor. Cada uno de estos imperios absorbió el territorio de los reinos que los precedieron, y extendieron aún más sus dominios. Por eso dice que se levantaría “luego un tercer reino de bronce, el cual dominará sobre toda la Tierra” (Daniel 2:39). Este fue el Imperio Grecomacedonio que duró hasta el año 31 a.C.

La secuencia histórica de estos reinos es innegable. Cada uno está representado por un metal de menor valor, pero más fuerte que el anterior, para señalar su superioridad militar y su decadencia moral. El vientre y los muslos de bronce, lo cual incluye las caderas, designa bien los hábitos y la moral de la civilización griega.

El cuarto reino está representado por las piernas de hierro. Tal como está descrito en la profecía: “El cuarto reino será fuerte como hierro; y como el hierro desmenuza y rompe todas las cosas, desmenuzará y quebrantará todo” (Daniel 2:40).

El Imperio Romano absorbió gradualmente el territorio de lo que había sido el Imperio de Alejandro Magno. Lo único que faltaba era Egipto, el cual quedó en manos de Roma cuando César Augusto, primer emperador de Roma, venció en el año 31 a.C. en la batalla de Accio a las fuerzas de Cleopatra y Marco Antonio.

El Imperio Romano se prolongó desde el año 31 a.C., hasta el 476 de la era cristiana, cuando dejó de existir a causa de las invasiones germánicas. No obstante, a diferencia de los imperios Babilónico, Medopersa y Grecomacedonio; que no fueron nunca restaurados sino reemplazados, Roma, construida sobre siete colinas, habría de ser restaurada siete veces. Así lo predijo Dios por medio del apóstol Juan en el libro del Apocalipsis, escrito a finales del primer siglo de nuestra era.

Para obtener información detallada sobre el cumplimiento profético de las sucesivas restauraciones del Imperio Romano, les invitamos a escuchar los capítulos 13 y 17 de la serie del Apocalipsis, consignada en nuestro sitio en la red: www.elmundodemana.org.

Hasta el presente, el Imperio Romano ha sido restaurado seis veces. La sexta restauración la proclamó Benito Mussolini el 9 de mayo de 1936, cuando anunció: “El resurgimiento del Imperio en las lomas predestinadas de Roma”. Poco después, aliándose con Adolfo Hitler, se formó el eje Italogermano, que pereció en las llamas de la Segunda Guerra Mundial, concluida en 1945.

La sexta restauración fue de corta duración, pero la séptima que está a punto de irrumpir en el escenario mundial, será aun más corta.

Las piernas de hierro de la imagen que vio Nabucodonosor, representan en sucesión una visión panorámica del Imperio Romano hasta “los postreros días” (Daniel 2:28). “Los postreros días” están representados en “los pies y los dedos, en parte de barro cocido de alfarero y en parte de hierro, será un reino dividido; mas habrá en él algo de la fuerza del hierro, así como viste hierro mezclado con barro cocido” (Daniel 2:41).

Hoy nos encontramos exactamente en el momento histórico descrito como los pies y los dedos de la imagen. Después del Tratado de Roma, firmado el 25 de marzo de 1957, Europa ha ido avanzando paso a paso hacia la séptima y última restauración del Imperio Romano, el cual como lo describe la profecía, estará conformado por diez reyes representados por los diez dedos de los pies de la imagen. “En los días de estos reyes el Dios del Cielo levantará un Reino que no será jamás destruido, ni será el Reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre, de la manera que viste que del monte fue cortada una piedra, no con mano... El gran Dios ha mostrado al Rey lo que ha de acontecer en lo por venir; y el sueño es verdadero, y fiel su interpretación” (Daniel 2:44-45).

Hasta ahora hemos visto cumplidas en la historia las profecías anunciadas en la Biblia. Alemania llegó a ser parte integrante de las restauraciones del Imperio Romano. Por eso se le dio el nombre de Sacro Imperio Romano Germánico. Hoy vemos a esta nación, representada en la dureza del hierro en los pies y los dedos de la imagen, pero el hierro está mezclado con barro cocido, el cual representa las frágiles economías de los demás países de la actual Unión Europea. Por eso dice la

profecía: “El reino será en parte fuerte, y en parte frágil” (Daniel 2:42).

Además, las culturas y los idiomas de estos países difieren mucho entre sí. El resultado ya estaba escrito desde hace más de 25 siglos: “Se mezclarán por medio de alianzas humanas [el Tratado de Roma, el Tratado de Maastricht, el Tratado de Lisboa]; pero no se unirán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro” (Daniel 2:43).

Nos encontramos *actualmente* en la profecía en la mezcla de hierro y barro cocido de los pies de la imagen. Los diez dedos de los pies, los cuales representan diez jefes de gobierno, aún no se han perfilado en el escenario europeo.

Es interesante observar que los dedos de los pies, por su tamaño, representan el período de gobierno más *corto* de todos los que están representados por la imagen del sueño de Nabucodonosor. Es tan corto, que la Biblia lo describe simbólicamente como de una hora de duración (Apocalipsis 17:12).

Como acabamos de explicar, las piernas de hierro de la imagen representan una visión panorámica del Imperio Romano, desde su inicio hasta “los postreros días” (Daniel 2:28). No nos da detalles de las sucesivas restauraciones, pero nos da detalles de las circunstancias de los últimos días, antes de que “la piedra” hiera a la imagen en sus pies y en sus dedos en parte de hierro y en parte de barro cocido.

No obstante, en el libro del Apocalipsis, este mismo Imperio está representado como una bestia con siete cabezas y diez cuernos. El mismo libro nos da la clave para entender: “Para la mente que tenga sabiduría: Las siete cabezas son siete montes, sobre los cuales se sienta la mujer [Roma]” (Apocalipsis 17:9). En esto concuerdan prácticamente todos los comentaristas. “Son siete reyes. Cinco de ellos han caído; uno es, y el otro aún no ha venido; y cuando venga, *es necesario que dure breve tiempo*” (v. 10). Los siete reyes representan las siete restauraciones del Imperio Romano, de las cuales seis ya se han cumplido.

La historia las reconoce en el siguiente orden: 1. Restauración imperial de Justiniano, año 554 d.C. 2. Restauración por medio de Carlomagno, año 800 d.C. 3. Restauración de Otón I el Grande, año 962 d.C. 4. Restauración de Carlos V de Habsburgo, año 1530 d.C. 5. Restauración por medio de Napoleón Bonaparte, 1804 d.C. 6. Restauración de Mussolini, con Víctor Manuel II como rey y alianza con Alemania, año 1936 d.C.

La razón por la cual la profecía dice: “Cinco de ellos han caído; uno es, y el otro aún no ha venido” (Apocalipsis 17:10); es porque Dios reveló el significado de esta profecía durante la Segunda Guerra Mundial, cuando ya habían pasado las primeras cinco restauraciones, y la sexta estaba aún vigente. Antes de eso, nadie había podido entender el significado de estas escrituras inspiradas por Dios.

Dios había revelado por medio de Daniel que las profecías referentes al “*tiempo del fin*” estarían “*cerradas y selladas*” hasta que llegara esa época. El mismo profeta Daniel declaró: “Oí, mas no entendí. Y dije: Señor mío, ¿cuál será el fin de estas cosas? Él respondió: Anda, Daniel, pues estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin” (Daniel 12:8-9).

Asombrosa sincronización profética

Veamos ahora cómo concuerdan los pies y los diez dedos de la imagen de Daniel 2, con los cuernos de la bestia de Apocalipsis 17:12: “Los diez cuernos que has visto, son diez reyes, que aún no han recibido reino... Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque Él es *Señor de señores y Rey de reyes*” (vs. 12, 14).

Como ya lo explicamos, actualmente nos encontramos a la altura de los pies de hierro y barro cocido de la imagen de Daniel 2. Los dedos de los pies, que son diez reyes, aún no se han manifestado: “Por ser los dedos de los pies en parte de hierro y en parte de barro cocido,

el reino será en parte fuerte, y en parte frágil... *Y en los días de estos reyes* el Dios del Cielo levantará un Reino que no será jamás destruido... de la manera que viste que del monte fue cortada *una piedra*” (Daniel 2: 42, 44-45).

La Biblia interpreta sus propios símbolos: “Los diez dedos de los pies” representan “diez reyes” (vs. 42, 44). “Los diez cuernos” de la bestia de Apocalipsis representan “diez reyes” (17:12). Estos reyes: “Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá” (v. 14). ¿Quién es el Cordero? La misma Biblia nos da la respuesta: “El siguiente día otra vez estaba Juan, y dos de sus discípulos. Y mirando a *Jesús* que andaba por allí, dijo: *He aquí el Cordero de Dios*” (Juan 1:35-36).

En Daniel 2, “la piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la Tierra” (vs. 35, 44-45). ¿Quién es “la piedra”? Una vez más la Biblia se interpreta a sí misma: “Este Jesús *es la piedra* reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo” (Hechos 4:11).

Para quienes tengan ojos para ver y oídos para oír, el panorama está claro: Están a punto de surgir en el escenario del mundo los diez reyes representados por los dedos de los pies de la imagen, y por los diez cuernos de la bestia. “Estos tienen un mismo propósito, y entregarán su poder y su autoridad a la bestia” (Apocalipsis 17:13). La bestia será un *falso Cristo* que instalará la sede de su gobierno en la ciudad de Jerusalén. Esta será la séptima y última restauración del Imperio Romano, la cual “*cuando venga, es necesario que dure breve tiempo*” (v. 10).

La Biblia señala esa corta duración como de 42 meses de treinta días, según el calendario hebreo, o sea 1.260 días: “También se le dio boca que hablaba grandes cosas y blasfemias; y *se le dio autoridad* para actuar cuarenta y dos meses” (Apocalipsis 13:5).

A partir del momento en que esta última restauración instale la sede de su gobierno en Jerusalén, empezará la cuenta regresiva más dramática de la historia humana: “El patio que está fuera del templo déjalo aparte, y no lo midas, *porque ha sido entregado a los gentiles; y ellos hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses*” (Apocalipsis 11:2).

Cuando se cumplan los 1.260 días, Jesucristo, “el Cordero”, “la Piedra”, aparecerá a la vista del mundo entero: “Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el Cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la Tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del Cielo, con poder y gran gloria” (Mateo 24:30).

Como señalamos al principio, viene a instalar un gobierno mundial: “La piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte [reino] que llenó toda la Tierra” (Daniel 2:35). También vencerá a los reyes del mundo, leamos: “Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque Él es Señor de señores y Rey de reyes” (Apocalipsis 17:14).

La batalla se explica en Apocalipsis 19:11-21. En el versículo 16 leemos: “En su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores”.

“*Vi a la bestia, a los reyes de la Tierra* y a sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército. Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta... Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre. Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo” (vs. 19-21).

Puesto que estas cosas, como hemos demostrado en este artículo, están a punto de suceder, es tiempo de arrepentirse y comenzar a obedecer la ley de Dios, los diez mandamientos, que van a regir al mundo bajo el mando del Cordero, cuyo Reino “permanecerá para siempre” (Daniel 2:44).

“Porque de Sion *saldrá la ley*, y de Jerusalén la palabra del Eterno” (Isaías 2:2-4). 

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

¿Puede haber amor sin ley?

Pregunta: El apóstol Pablo dice: “El cumplimiento de la ley es el amor” (Romanos 13:10). ¿Significa eso que no es necesario guardar los diez mandamientos, siempre y cuando se tenga amor?

Respuesta: El “amor” sobre el cual escribe Pablo no es un sentimiento de origen humano. Como lo explica el apóstol: “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5; Gálatas 5:22). Este es el amor que nos permite guardar o cumplir los diez mandamientos.

Pero, ¿cómo cumple el amor de Dios los mandamientos? Jesucristo dejó un ejemplo que todos los discípulos debemos seguir (1 Pedro 2:21). Guardó los mandamientos de su Padre y también enseñó a muchos a guardarlos (Juan 14:15; 15:10; Mateo 19:16-19).

Jesús resumió los diez mandamientos como la expresión de amor a Dios y al prójimo (Mateo 22:35-40). Los primeros cuatro mandamientos nos indican cómo amar a Dios, y los siguientes seis nos muestran cómo amar al prójimo. Así como el apóstol Juan afirma que la característica fundamental de la naturaleza y carácter de Dios es “amor” (1 Juan 4:8, 16), los diez mandamientos son expresiones del amor divino del Supremo Legislador, por cuanto reflejan su propio carácter, que se resume en el amor. Este amor no es un afecto de origen humano, sino el amor verdadero y divino que viene directamente de Dios por medio de su Espíritu Santo (Romanos 5:5).

Siendo Dios amor, la intención y propósito de la ley de Dios es amor, como lo mostró Jesucristo. El amor divino, impartido a los verdaderos discípulos por el Espíritu Santo de Dios, se expresa dentro de la obediencia a su ley: Los diez mandamientos. Se manifiesta en adoración y culto a Dios y en temor reverente; así como en interés generoso, compasión, bondad y servicio a quienes nos rodean. El amor de Dios nos permite cumplir no solamente la intención física, sino también la espiritual de su ley.

“El que ama al prójimo, ha cumplido la ley”, explica Pablo. “Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor” (Romanos 13:8-10).

Dios revela que expresamos su amor *por medio* del cumplimiento de sus mandamientos. Juan explicó

claramente cómo se expresa el amor de Dios y lo definió así: “En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos. Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:2-3).

La ley define el amor de Dios

Dicho todo lo anterior, ¿podría haber *algo* de verdad en el concepto tan difundido de que el “amor” cumple la ley de Dios, de tal forma que hace innecesario seguir guardando los diez mandamientos? Juan escribió enfáticamente que la respuesta es *no*:

“En esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en este verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en Él. El que dice que permanece en Él, debe andar como Él anduvo” (1 Juan 2:3-6).

Indudablemente, el apóstol Juan destacó la necesidad del amor de Dios, pero ni él ni los demás redactores de las Escrituras enseñaron *jamás* que este amor prevalece sobre la ley divina, la deshace o invalida. Juan fue discípulo y amigo muy cercano de Jesús, y dijo claramente que el que tiene el amor de Dios guarda los *mandamientos* de Dios: “Este es el amor, que andemos según sus mandamientos” (2 Juan 1:6).

Pronto llegará el día cuando todo el mundo, regido por Jesucristo, comprenderá y apreciará la bendición maravillosa que es la ley de Dios: “Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Eterno”. Y el resultado de guardar esa ley será un mundo glorioso de paz y armonía (Isaías 2:2-3). MM



Las obras de sus manos

Nuestra Tierra bíblicamente antigua

Por: Wallace G. Smith

En el mundo moderno se piensa que la ciencia y la Biblia están en constante oposición, y sin duda hay incógnitas pendientes por resolver. Pero muchos conflictos entre la ciencia y la Biblia son ilusorios, debido a que no se han entendido bien los datos científicos, o no se comprende la verdad de la Palabra divina.

Un ejemplo es la *edad de la Tierra*. ¿Acaso los discípulos de Jesucristo, para poder aceptar lo que dice la Biblia, tenemos que discrepar de las teorías de geólogos reconocidos? ¿Qué edad tiene la Tierra?

Vemos muy claramente en las Escrituras que la creación de las actuales plantas, animales y seres humanos (Adán y Eva); tuvo lugar hace unos 6.000 años. Es una conclusión que difícilmente puede disputarse, considerando la información bíblica sobre la edad de los patriarcas y sus descendientes. En lo tocante al origen de los seres humanos, hace casi seis milenios, la Palabra de Dios es clara.

Es igualmente claro que, casi todos los geólogos de respeto que examinan las señales de la edad de nuestro planeta, concluyen que la Tierra ha existido desde hace *mucho tiempo*. “Pregúntele a cualquier geólogo por la edad de la Tierra”, escribe el geólogo estadounidense G. Brent Dalrymple, “y muy probablemente le dará una respuesta cercana a los 4.500 [millones de años]” (*The Age of the Earth*, pág. 305). Aunque es posible que descubrimientos futuros refuten esa conclusión, la cifra de 4.500 millones de años *concu*erda estrechamente con otros indicios de la edad, como los extraídos de meteoritos y del material lunar.

¡Una edad de 6.000 años está bien lejos de 4.540.000.000!

Sin embargo, quienes han puesto a prueba la Biblia en su propia vida, han aprendido a confiar en ella como la propia Palabra de Dios. Siendo así, ¿qué dice la Biblia *realmente* sobre la edad de la Tierra? El hecho es que dice *mucho más* y *mucho menos* de lo que suele entenderse.

Seis días literales, pero... ¿cuándo?

Es maravillosa y *literalmente* verdad lo que dicen las Escrituras: “En seis días hizo el Eterno los Cielos y la Tierra, y en el séptimo día cesó y reposó” (Éxodo 31:17), y que esta *semana de la creación* tuvo lugar hace casi 6.000 años, como se indica en las Escrituras. Lo que muchos pasan por alto es que, al comenzar esa semana, el planeta Tierra, así como los Cielos que la rodean, *ya existían*.

En el *primer versículo* de la Biblia, *antes* de los sucesos de aquella semana, leemos: “En el principio creó Dios los Cielos y la Tierra” (Génesis 1:1). Como veremos, ese “principio” de la Tierra y el Cielo *antes* de Adán y Eva, y *antes* de los animales y las plantas que conocemos, ¡pudo ocurrir hace mucho, muchísimo tiempo!

Consideremos atentamente el segundo versículo del Génesis, observando sus implicaciones claras: “La Tierra *estaba* [se volvió] desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo” (Génesis 1:2). Una afirmación sencilla... pero contiene mucho más de lo que parece a primera vista. Los vocablos españoles “desordenada y vacía”, son traducción de las palabras

hebreas *tohu* y *bohu*. Estas, que aparecen juntas en las Escrituras solo tres veces, señalan un yermo inhabitable, un estado de desolación o destrucción. Es importante señalar que los otros dos pasajes donde aparecen juntos *tohu* y *bohu*: Isaías 34:11 y Jeremías 4:23, indican que tales estados de ruina y asolamiento fueron *consecuencia del pecado*.

Por otra parte, los estudiosos señalan que el hebreo *hayah*, traducido “estaba” en Génesis 1:2, también puede transmitir la idea de que “se volvió”. Más adelante en el Génesis, en el pasaje que relata la destrucción de Sodoma y Gomorra, leemos que la esposa de Lot “se volvió [*hayah*] estatua de sal” (Génesis 19:26). Lot, por supuesto, no se había casado con una estatua: ella no siempre fue así. De modo similar, una traducción más apropiada de Génesis 1:2 podría ser, literalmente, “la Tierra *se volvió*” un yermo desolado. ¡El hebreo no da a entender que se creó en ese estado!

Creada en hermosura, no en caos

Sumando estos datos, podemos entender que Dios seguramente habría creado los Cielos y la Tierra en estado de orden y belleza, pero a raíz de alguna circunstancia de pecado, quedaron reducidos a desolación y ruina, asolados, inhabitables; y necesitados de una renovación, antes de la creación de los seres humanos (ver Salmos 104:30). Efectivamente, Génesis 1:1-2, se puede traducir correctamente como: “En el principio creó Dios los Cielos y la Tierra. Pero la Tierra se volvió en desolación y una ruina caótica, y las tinieblas cubrían la faz del abismo”.

¿Hay en la Biblia alguna descripción de un pecado o rebelión contra Dios, *anterior* a la creación de Adán; algo que podría haber causado semejante caos y ruina? ¡La respuesta es que sí! Las Escrituras narran lo que había hecho el diablo *antes* de su encuentro con Eva en el huerto del Edén, en el que se propuso inducir la a pecar contra Dios (Génesis 3:1-5). La Palabra de Dios indica claramente que los ángeles existieron *antes* de la Tierra, y que clamaron de alegría cuando vieron tender sus cimientos (Job 38:6-7). En ese tiempo también estaba presente Lucero, el que después se convirtió en el diablo, Satanás.

Las Escrituras muestran que este ser corrupto y pecador encabezó una gran rebelión de los ángeles (Ezequiel 28:12-16;

Isaías 14:12-14), y sugiere que la rebelión pudo comprender la tercera parte de los ángeles (Apocalipsis 12:4). Isaías 14:14 relata la pretensión de este ser orgulloso: “Sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo”; para arrebatarse nada menos que el trono de Dios, palabras que dan a entender que las responsabilidades asignadas a él eran debajo de las nubes, y por consiguiente ¡en la Tierra! Lucero tenía libre albedrío para obedecer o desobedecer a Dios, y al *negarse a cumplir la voluntad divina*, se convirtió en Satanás, adversario de Dios.

La rebelión de Satanás trajo destrucción y ruina, como siempre ocurre con el pecado. En este caso, la Tierra, de la que tenía el encargo de preparar para los fines de Dios, quedó asolada. Este asolamiento caótico, este *tohu y bohu*, es lo que vemos reflejado en las palabras de Génesis 1:2, y la milagrosa restauración del planeta en seis días a un estado de maravilla y hermosura, digna de la obra divina que Dios crearía, la humanidad, ¡es lo que vemos en el resto del primer capítulo del Génesis!

Como vemos, en las palabras de las Escrituras hay *mucho* espacio para tener en cuenta una gran antigüedad del planeta Tierra. La clara explicación de la creación de los seres humanos hace casi 6.000 años, no choca con la descripción de lo hecho por los ángeles mucho antes del acontecimiento de Génesis 1:2; mientras el mundo estuvo confiado a Lucero y sus ángeles, conforme a los propósitos de Dios, antes de la creación de la humanidad.

Pero, ¿hace cuánto ocurrió eso? ¿Cuánto duró la rebelión de Satanás? ¿Existían los dinosaurios en ese entonces? ¿Fue hace miles de millones de años, algo cercano a los 4.500 millones que calculan los científicos? ¿O fue mucho después?

Sobre estos detalles la Biblia guarda silencio. Pero no hay ningún conflicto entre las palabras de las Escrituras y la observación científica de un antiquísimo planeta Tierra.

Verdaderamente, la ciencia revela que hay muchos misterios por resolver. Pero no podemos dejar que los descubrimientos cambiantes de la ciencia, que a veces se invalidan con el siguiente hallazgo, nos hagan dudar de lo que dice en su Palabra el Dios que nunca cambia. Los hallazgos de la historia y la ciencia, bien entendidos, siempre estarán de acuerdo con la Palabra de Dios. Como declara Jesucristo: “Tu palabra es verdad” (Juan 17:17). 